

Algunas reflexiones
sobre los problemas de la teoría analítica
y los orígenes de la personalidad

CARLOS MENDILAHARSU

(Montevideo)

I.— INTRODUCCION

El objetivo de nuestro trabajo es discutir algunos puntos básicos de la teoría analítica sobre los cuales existen controversias, discrepancias y diversas interpretaciones, particularmente los de las primeras etapas del desarrollo. Nos quedaremos conformes si por lo menos pudiéramos clarificar cuáles son estos aspectos de discusión y cuáles son las posiciones en relación a ellos. Dada la índole del trabajo, es necesario, para no desfigurar el sentido, tomando frases aisladas, hacer transcripciones reiteradas que pueden resultar quizás demasiado extensas. La realización del mismo ha sido para mí de una extraordinaria utilidad, ya que me hizo leer y meditar sobre múltiples libros y artículos; me sentiría muy satisfecho si por lo menos pudiera transmitir una pequeña parte de lo que yo he adquirido.

Haremos nuestros los conceptos de Rapaport (41) cuando expresa: “En algún punto del desarrollo de toda ciencia deben aclararse las suposiciones sobre las que está basada. Freud quiso que esto fuera lo que hiciese la metapsicología para el psicoanálisis. Esto justifica nuestro intento de establecer explícitamente y sistemáticamente el conjunto de suposiciones que constituye la metapsicología psicoanalítica. Insistimos en esta justificación porque desde el punto de vista de la práctica clínica diaria, lo que sigue puede parecer un ejercicio innecesario, estéril y formalístico”.

Lamentablemente, estamos lejos aún de lo que Balint (1) considera una buena teoría, cuando discutiendo en su trabajo “Narcisismo primario y amor primario” dice: 10> Debe estar libre de contradicciones inherentes. La teoría del narcisismo primario fallaba en este sentido desde su concepción y los repetidos intentos de remediar el error han fallado. 29>

Debe presentar una estructura estética que permita la integración de observaciones dispersas, de manera que cada una de ellas pueda entenderse mejor. La teoría del narcisismo no lo logra. 30) Con la base de una teoría deben poder hacerse predicciones, sacar conclusiones o inferencias capaces de verificación o refutación. Esto que señala Balint (1) para el narcisismo primario y que extiende a la teoría en general, es obvio que no existe en psicoanálisis, lo que por lo menos, hace incrementar en nosotros el interés por estos problemas.

Wisdom (47), explicitando algunos problemas de la teoría analítica, escribe: “No es posible ver en conjunto claramente, si se trata de varias partes de una misma teoría, de varias teorías que no se relacionan entre sí ni se ligan entre ellas o de algunas teorías que se articularían bien si ciertas medidas simples se tomaran previamente”.

II.— LOS ORIGENES DE LOS PROBLEMAS Y LAS DISCREPANCIAS

Paradójicamente estos orígenes están en el genio de Freud. Como dice W. Baranger (3), Freud estaba más preocupado por descubrir, que por armonizar entre sí sus descubrimientos. Por este motivo, pensadores psicoanalíticos de buena fe y de orientaciones teóricas muy distintas pueden encontrar con razón en los textos de Freud, un apoyo para sus descubrimientos y sus elaboraciones teóricas. En este sentido es bien evidente el ejemplo que solamente revisó y corrigió en las nuevas ediciones dos textos:

“Tres ensayos sobre una teoría sexual” (15) y “La interpretación de los sueños” (14). Ilustrando esta modalidad personal, Elliot Jacques (29) cita las palabras que Freud le expresó a Joan Riviere con respecto a ideas originales que ella le había comunicado:

“Write it, put it in black and white... *get* it out, produce it, make something of it outside of you, that is; give it an existence independently of you”.

Si se entiende por dogma el desarrollar una teoría con autoridad sin estar sustentada por la verificación, la línea de Freud es el antidogma, en oposición a otros psicoanalistas que caen en afirmaciones dogmáticas, por ejemplo Spitz (46): “Yo no admito la existencia de un Ego desde el nacimiento”

Balint (1), al desarrollar aspectos de las aparentes contradicciones, aclara que: “Freud nunca aspiró a ser un teórico obsesivo sin embargo siempre fue un observador clínico insuperable”, y más adelante agrega: “Freud no deseaba abandonar o modificar observaciones clínicas para satisfacer una pulcra teoría”.

Tomaremos los problemas que discute este autor, como ejemplos, en primer término: “Freud mantuvo tres conflictivos puntos de vista sobre la relación más primitiva del individuo con su medio. En el primero, en «Tres ensayos sobre una teoría sexual» (15), expresa: cuando los primeros comienzos de satisfacción sexual están ligados a la alimentación, el instinto sexual tiene un objeto sexual fuera del cuerpo del niño representado por el pecho de su madre. Sólo más tarde el instinto pierde este objeto, precisamente tal vez, cuando el niño es capaz de formarse una idea total de la persona a la que pertenece el órgano que le da satisfacción. Entonces generalmente el instinto se hace auto-erótico y no se restablece la relación inicial hasta que no se ha atravesado el período de latencia. Existen así buenas razones para que el prototipo de toda relación amorosa sea el niño alimentándose del pecho de su madre. Encontrar un objeto es en realidad reencontrarlo”. Es obvio señalar que aquí está en esbozo la idea de objeto parcial y total de quien continúa la línea del genio de Freud, Melanie Klein. Agrega Balint (1) que Freud, en una nota adicional posterior a este texto, menciona otro método para encontrar un objeto, a saber, el objeto narcisista:

“Puede mostrarse así que luego de muchos años de haber introducido el concepto de narcisismo no intentó reemplazar el concepto de relación objetal primaria por el de narcisismo primario”. También en textos posteriores (1917, Conferencia N° 24) retorna el concepto de relación objetal primaria. Sin embargo, en “Introducción al narcisismo”, en 1914, Freud se pregunta: cuál es la relación entre el narcisismo del que ahora nos ocupamos y el autoerotismo que hemos descrito como un estadio temprano de la libido. Debemos suponer, me permito señalar, que una unidad comparable al Yo, no puede existir desde un comienzo en el individuo; el Yo debe desarrollarse. Los instintos autoeróticos están allí, sin embargo, desde un principio. En el estudio del caso Schreber (16), Freud, escribe: recientes investigaciones han llamado nuestra atención hacia un estadio del desarrollo de la libido por el que ésta atraviesa desde el autoerotismo hasta el amor objetal. A este estadio se le dio el nombre de narcisismo. Es posible que esta fase intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal, deba ser normalmente indispensable. Las ideas de 1905 se repiten en el Yo y el Ello (20); en ese texto figura lo siguiente: “El niño lleva a cabo muy tempranamente una carga de objeto que recae sobre la madre y tiene su punto de partida en el seno materno”. Como afirma Balint (1), el pensamiento de Freud, es aquí que la forma primitiva de relación del ser y el medio es una relación objetal. Y luego comenta: “Estas tres teorías comprendidas en los términos de amor objetal primario, autoerotismo primario y narcisismo primario, son aparentemente contradictorias. A mi saber, nunca discutió Freud esta contradicción por escrito. Por el contrario, las publicaciones hasta 1923 evidencian que él mantenía simul-

táneamente las tres teorías. Debe asumirse que no las sentía como contradictorias o mutuamente excluyentes”. Nosotros pensamos que Freud, con sus nuevos hallazgos experimentales, oscilaba entre las distintas posiciones teóricas y que dejaba el camino abierto para la verificación, con nuevas investigaciones.

Otro ejemplo que nos parece de suma importancia es el que se refiere al principio del placer. El título del trabajo de Freud, “Más allá del principio del placer” (19), parecería indicar un abandono del mismo; sin embargo, en el texto lo menciona y lo mantiene, lo mismo que en publicaciones posteriores, como en “Nuevas aportaciones al psicoanálisis” (21) en 1932. La mayoría de los autores actuales siguen utilizando este principio, con algunas variantes. Por ejemplo, J. Riviere (43) habla del principio placer-dolor. Es significativo, sin embargo, que en muchos trabajos de la escuela kleiniana no aparece mencionado, lo que indicaría, por lo menos, una prescindencia del mismo. En esta línea, en el reciente libro de Hanna Segal (45),

“Introducción a la obra de Melanie Klein”, no hemos encontrado ninguna referencia a dicho principio. Bion (7, 8), en textos recientes, lo mantiene. W. Baranger (4), explícitamente rechaza este principio, sosteniendo que el aparato psíquico no está destinado a descargar tensiones (en un sentido cuantitativo), sino que la conducta humana está determinada por significaciones, opinión que compartimos totalmente. Freud, como tenía plena conciencia de la necesidad de cambios en la ciencia, que originan luego indefectiblemente contradicciones, en los “Instintos y sus destinos” (18), escribe: “Como se ha señalado en muchas oportunidades, las definiciones exactas, aunque son urgentes, sólo es posible hacerlas en una etapa posterior del pensamiento científico. No es posible en los estadios iniciales. Hay quienes defienden que las ciencias deben desarrollarse a partir de conceptos básicos claros y bien definidos. En realidad ni aun las ciencias más exactas comienzan con dichas definiciones. El verdadero comienzo de la actividad científica consiste, más bien, en la descripción del fenómeno y luego en la agrupación, la clasificación y la correlación. . . El progreso de la ciencia exige una cierta elasticidad aun en estas mismas definiciones. La física nos brinda un excelente ejemplo, dado la manera en que constantemente se modifica y se altera el contenido de esos conceptos básicos firmemente establecidos en forma de definiciones”.

Estas ideas de Freud, de 1915, coinciden plenamente con la de los físicos contemporáneos. Barnett (5), discípulo de Einstein, en la única obra del género prologada por el sabio de la relatividad, escribe: “La ciencia moderna nació cuando Galileo empezó a explicar cómo suceden las cosas, dejando la ambición aristotélica de los por qué”, y con respecto a las adquisiciones de la física moderna, afirma que condujeron a los físicos a perder

la fe en un Universo mecánico funcionando con regularidad, cuando aparecieron en el estudio de las profundidades invisibles del átomo y en las profundidades insondables del espacio intergaláctico. Sin embargo, estos fenómenos se pueden describir con la ayuda de relaciones matemáticas coherentes.

En nuestra ciencia, los fenómenos (por ahora) deben ser descritos por el lenguaje verbal con sus limitaciones y es necesaria la utilización (para ciertos procesos oscuros) de un lenguaje metafórico, dando lugar muchas veces a equívocos si se les toma en un sentido literal. El problema se acentúa aún más cuando se intenta describir los procesos emocionales de las primeras etapas del desarrollo, como se ha insistido repetidamente [Isaacs (26), Heimann (26), etc.].

Cassirer (10) piensa que el lenguaje natural puede constituir un obstáculo para el desarrollo de la ciencia y que cada una debe construir su propio sistema simbólico. Este progreso del lenguaje se hace contra la teoría ingenua de que nuestros conceptos fundamentales son imágenes directas de las cosas, en el sentido simple de una teoría especular; imágenes que podríamos, de tiempo en tiempo, experimentar del punto de vista de la realidad y de alguna manera en su fidelidad fotográfica. Se trata, por el contrario, de un sistema de símbolos muy complejo, cuya significación no puede ser probada por el hecho que su conjunto da una expresión del orden y la regularidad de los fenómenos. Resistiéndose contra las barreras del lenguaje, Bion (7) manifiesta: En la metodología psicoanalítica, el criterio no debe depender si un uso determinado es correcto o incorrecto, si tiene significado o es verificable, sino de su capacidad para fomentar el desarrollo. En otro pasaje del mismo texto aparecen los siguientes conceptos: “Puede parecer que empleo en forma equivocada, palabras cuyo significado ya está establecido, como el caso de función y factores. Un crítico me ha señalado que empleo esos términos en forma ambigua, de modo tal que existe el peligro que el lector se confunda por las asociaciones que existen entre esas palabras con las matemáticas y la filosofía. Las he usado deliberadamente, en razón de esas asociaciones, y deseo que la ambigüedad persista”. Diferimos con Bion (7) en la ambigüedad del lenguaje cuando nos referimos a problemas teóricos. En la situación de campo analítico (2), el problema es diferente, por la ambigüedad del mismo o por lo menos es una salida tipo 2 de la tabla de Bion. Por eso sostenemos que, en el estado actual de desarrollo de nuestra ciencia, es necesario utilizar un lenguaje propio [en el sentido de Cassirer (10)] y claro, de lo contrario, una “libertad” excesiva daría lugar a fantasías, produciendo desarrollos que se evaden del imprescindible rigor científico.

III.— PROBLEMAS METODOLOGICOS

Los principios metapsicológicos

Está demás insistir que en una ciencia en pleno desarrollo con aportes fundamentales que la enriquecen continuamente, como ocurrió en las últimas décadas con la escuela kleiniana, se crean continuamente problemas de diversa índole. Vemos, por un lado, desviaciones dogmáticas, aspectos “tabú”, generalizaciones inadecuadas, escotomizaciones. Por otro, y fundamentalmente, las propias características del psicoanálisis como ciencia, las relaciones con otras disciplinas científicas, la intromisión de lenguajes y conceptos ajenos. Intentaremos plantear algunos de estos problemas. Importa fundamentalmente, además, el problema de la validez, tema del que se ha ocupado Marta Nieto (38) en nuestro medio. En este sentido, insistiremos una vez más con los conceptos de Poincaré (40), extraídos de su libro “La science et l’hypothèse”.

El papel de la hipótesis no es sólo necesario, sino legítimo. No basta observar, dice este autor, sino que hay que servirse de esas observaciones y para ello hay que generalizar. No es posible contentarse exclusivamente con la experiencia, sería desconocer el verdadero carácter de la ciencia. Una buena experiencia, es aquella que nos hace conocer otra cosa que un hecho aislado, es aquella que nos permite generalizar. Para prever hay que invocar ya la analogía, es decir, ya generalizar; por más tímido que se sea, es necesario interpolar. La experiencia nos da un cierto número de puntos aislados, hay que reunirlos con un trazo continuo y esto es una verdadera generalización. Se dice a menudo que hay que experimentar sin idea preconcebida. Esto no es posible, sería hacer toda experiencia estéril, pero aun queriéndolo, sería imposible hacerlo. La generalización es inevitable, pero no debemos olvidar sus limitaciones. Por más sólidamente asentada que pueda aparecer una previsión, no estaremos nunca absolutamente seguros que la experiencia no la desmentirá, si procedemos a la verificación. No hay que evitar nunca hacer una verificación, si la ocasión se presenta. Toda generalización es una hipótesis y tiene un papel necesario que nadie puede discutir, pero no hay que multiplicarlas en demasía, sino hacerlas una después de otra. Si construimos una teoría fundada sobre hipótesis múltiples y la experiencia las condena, ¿cuál será entre nuestras premisas aquella que es necesario cambiar?; y, si inversamente, la experiencia tiene éxito, ¿creeremos haber verificado todas las hipótesis a la vez?

Estos conceptos de Poincaré son, en realidad, aplicables a toda ciencia. Nos preguntamos entonces, en primer término, ¿cuál es la experiencia psicoanalítica? Es evidentemente una

situación bipersonal y el problema metodológico es pasar de la experiencia a una teoría psicológica en términos unipersonales. Los problemas adquieren una complejidad mayor, si se pretende, a partir de la teoría psicoanalítica, construir una teoría psicológica general. En esta perspectiva se encuentra particularmente la escuela de la psicología del Yo y al respecto dice Hartmann (25):

“En la actualidad no cabe duda que el psicoanálisis es una psicología general en el más amplio sentido de la palabra”.

Otro problema es el de la relación entre el psicoanálisis y la biología. Freud, formado en ciencias biológicas, fue modificando con el tiempo su posición. En la introducción a “El Yo y el Ello” (20), dice: El presente estudio recoge (se refiere aquí a ideas expresadas en trabajos anteriores) ideas y las enlaza con diversos hechos de la observación analítica e intenta deducir de esta unión nuevas conclusiones, pero no toma ya nada de la biología... y se halla por lo tanto más cerca del psicoanálisis que del más allá (se refiere al texto “Más allá del principio del placer”). Hartmann (25), por el contrario, expresa que los desarrollos recientes en el psicoanálisis no han cambiado sus características principales, específicamente su orientación biológica.

La situación que, a nuestro juicio, es necesario evitar, es intercalar en las concepciones teóricas, conceptos y lenguaje biológicos, lo que constituye obviamente un error metodológico. Sin embargo, cotejar, discutir en paralelo los hechos de la experiencia analítica con los hallazgos de las ciencias biológicas (en su sentido estricto), puede tener interesantes resultados. No hay porqué considerar toda referencia biológica, tomando estas precauciones, como tema tabú. Particularmente, para ciertos problemas de investigación, un trabajo en paralelo puede ser extremadamente fructífero. Como lo ha expresado Willy Baranger (3), los aportes de la teoría de la gestalt y de la fenomenología al conocimiento de la estructura psíquica ha contribuido a esclarecer el contenido que da el psicoanálisis a este concepto. Otros aportes, de otras disciplinas, pueden hacer lo mismo y más aÚn’ creemos, con Lagache (36), que ciertos problemas teóricos sólo pueden ser resueltos en una antropología interdisciplinaria.

La ciencia psicoanalítica tiene una base empírica que nadie puede dudar. Los hechos experimentales de la situación bipersonal, reunidos en hipótesis, permitieron construir la teoría por mas imperfecciones que pueda tener en el momento actual. Los hallazgos de la situación experimental son realidades, la fantasía es obviamente una realidad psíquica. Freud, en “Introducción al narcisismo” (17), dijo que las especulaciones teóricas no son el fundamento de la ciencia en que descansa todo, el fundamento es la observación pura. Sin

embargo, pensadores de la categoría de Rubinstein (44), de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S., han sostenido que el psicoanálisis tiene una base espiritualista. El autor mencionado, en su libro “El ser y la conciencia”, dice:

“Después de la primera guerra mundial, a consecuencia de la reacción política e ideológica, las corrientes espiritualistas se desarrollan en alto grado. Las ideas de la máxima autoridad de la escolástica medioeval (Tomás de Aquino) resucitan. El tomismo intenta remozar sus ideas psicológicas de la mano del freudismo. La solución freudiana del problema psíquico, posee en esencia un carácter espiritualista. Sabido es que Freud se declara de un determinismo psicológico riguroso. En primer lugar, según Freud, todo lo psíquico se determina siempre por lo psíquico (en parte Freud necesita de lo inconsciente porque en el plano de la conciencia es patente la falta de tal continuidad en la serie de los fenómenos psíquicos). En segundo lugar, interpretando a su modo y generalizando arbitrariamente los casos de enfermedades psicógenas, Freud considera los fenómenos psíquicos como primarios y las transformaciones somáticas como lo secundario, dependientes de la modificación psíquica. Resulta, pues, que los fenómenos somáticos eran determinados por los psíquicos y éstos lo eran siempre por fenómenos también psíquicos. El problema de lo psíquico queda pues con un sentido espiritualista y esto es lo que en el plano teórico une a Freud con la idea religiosa espiritualista”.

Estos conceptos de Rubinstein (44), psicólogo de indiscutida erudición, darían lugar a múltiples comentarios. Algunos puntos nos van a servir para discutir ciertos problemas, aunque previamente abordaremos las inexactitudes e inconsistencia de algunas de las críticas del autor mencionado. Nadie nunca sostuvo en la teoría analítica que el psiquismo fuera una especie de cosa en sí independiente y absoluta, independiente del cuerpo y del mundo exterior. El impacto de la realidad objetiva y del mundo exterior está bien explicitado por Freud en “Reconstrucciones en el análisis”. Sin embargo, críticas “sectoriales” de ciertos aspectos de la teoría en algunos grupos, pueden justificarse. El problema de la adaptación, que ha sido incorporado como un principio metapsicológico por Hartmann (25), Rapaport (41)¹ en ciertos trabajos sobre este tema, deja la idea de una especie de armonía preestablecida entre el ser y el mundo, que recuerda, como dice W. Baranger (4), la filosofía de Malebranche. La fantasmática trascendental, en el sentido de previa a la experiencia, sobre la que volveremos más adelante, también puede ser objeto de críticas de diversa índole. Del mismo modo, en ciertos trabajos analíticos, los conceptos de Eros y Tánatos dan la impresión de una lucha entre fuerzas cosmológicas, maniqueísmo, o ciertos principios de algunas filosofías chinas del Yin y del Yan. Hemos llegado a tocar aquí uno de los aspectos más

espinosos de la teoría, que es el problema de los instintos. Cuando entramos en su consideración teórica, enfrentamos dificultades extremas.

Creemos conveniente, en este desarrollo, discutir en este momento los principios metapsicológicos por sus conexiones con el problema que nos ocupa. Como punto de partida, tomaremos las ideas de Rapaport (41) sobre dichos principios. Esta elección deriva del interés que tiene para nosotros un teórico con un conocimiento profundo de la obra de Freud, pero de una orientación totalmente diferente de la del grupo al que pertenecemos. Rapaport (41) comienza aclarando que Freud tuvo dos conceptos sucesivos metapsicológicos: el de las primeras épocas significaba que su psicología trataba de lo que estaba más allá de la experiencia consciente. En 1916, en “Adición metapsicológica a la teoría de los sueños”, define la metapsicología como el estudio de las suposiciones sobre la que está basada la teoría analítica. Rapaport (41) insiste en que, en la obra posterior de Freud, no se establece en forma sistemática “la colección de Suposiciones en que se apoya la teoría analítica. En toda ella se encuentran entremezcladas proposiciones que establecen observaciones teorías y suposiciones que forman su base. Según el autor mencionado, los estudios sistemáticos sobre metapsicología deberían distinguir proposiciones empíricas, proposiciones psicoanalíticas específicas, proposiciones de la teoría psicoanalítica general y proposiciones que establecen las suposiciones metapsicológicas. El autor ejemplifica cada uno de los diferentes tipos de proposiciones en la siguiente forma: 1º Proposición empírica: alrededor del cuarto año de vida los niños consideran a sus padres como rivales. 2º) Proposición psicoanalítica específica: la solución de la situación edípica es una determinante decisiva en la formación del carácter y en la patología. 3º) Proposición psicoanalítica general: la formación de estructuras por medio de identificaciones y anticatexias, explica teóricamente las consecuencias de la declinación del complejo de Edipo. 4º) Proposición metapsicológica: las proposiciones de la teoría psicoanalítica general que explican la situación edípica y la declinación del complejo de Edipo comprenden suposiciones dinámicas económicas, estructurales, genéticas y adaptativas. Rapaport (41) sostiene que Freud formuló solamente tres principios metapsicológicos en forma explícita: el dinámico, económico y topográfico. Esto último, en forma de sistemas inconsciente, preconsciente y consciente, fue desplazado por el concepto estructural a partir del Yo y el Ello (20), aunque Freud nunca lo reemplazó explícitamente. Por otro lado, afirma Rapaport (41) que la teoría psicoanalítica es una teoría genética y esto nunca fue formulado de una manera explícita por Freud, quizás por considerarlo obvio. Agregamos nosotros que el principio de continuidad genética fue formulado como tal por Joan Riviere en 1936 (43). En la parte final de la introducción sobre metapsicología,

Rapaport (41) discute como quinto principio el principio de adaptación, pensando que los estudios de Hartmann y Erikson han demostrado claramente que la teoría analítica siempre ha implicado suposiciones básicas concernientes a la adaptación y agregando que todavía algunos analistas se niegan a reconocer que la teoría analítica implique suposiciones adaptativas, igualando adaptación con ajuste y temiendo que eso lleve por el mismo camino de aquellas escuelas psicoanalíticas que emplean el descubrimiento entusiasta de las relaciones ambientales con el propósito de la negación defensiva del conflicto intrapsíquico.

Compartimos totalmente esta última parte que se refiere obviamente a los culturalistas, Karen Horney (27) como ejemplo.

El punto de vista dinámico exige, dice el autor, que la explicación psicoanalítica de cualquier fenómeno psicológico incluya proposiciones concernientes a las fuerzas psicológicas implicadas en dicho fenómeno. Transcribe a Freud: “Nuestro propósito no es sólo descubrir y clasificar los fenómenos, sino concebirllos como producidos por la acción de fuerzas dentro de la mente, como expresiones de tendencias que se esfuerzan hacia una meta y que trabajan juntas o una contra otra. Estamos tratando de alcanzar un concepto dinámico de los fenómenos mentales”. En cuanto al punto de vista económico, requiere que cualquier fenómeno psicológico incluya proposiciones concernientes a la energía implicada en dicho fenómeno. Como en el punto de vista anterior, cita conceptos de Freud: “Trata de seguir las vicisitudes de las cantidades de excitación y de llegar por lo menos a una apreciación relativa de su magnitud”. El factor económico, dice Freud en otro texto, si se prefiere cuantitativo, está ligado al principio del placer.

Rapaport (41), que sostiene la independencia de los puntos de vista económico y dinámico, admite que son cuantitativos, magnitud de fuerzas y cantidad de energía respectivamente. Además, dice que no fueron claramente diferenciados entre sí, por Freud.

Si bien en esencia el psicoanálisis nació del estudio de los conflictos que significan necesariamente pugna, lucha, y fuerzas y energía actuantes, la corriente estructuralista, progresivamente desarrollada a partir del Yo y el Ello en Freud, por la escuela kleiniana luego y la psicología del Yo (esta última se atribuye todo el mérito del progreso de los conceptos estructurales), ha ido desplazando el interés hacia esta última. Sin embargo, es necesario seguir admitiendo en el funcionamiento del aparato psíquico el concepto de impulso instintivo, como fuerza o energía actuante en el mundo interno, sin que esto signifique un menosprecio de la interacción mundo interno-mundo externo.

A pesar de la fragilidad teórica por un lado y la excesiva simplificación por otro, no podemos prescindir, en el estado actual de nuestros conocimientos, de un principio dinámico-

económico y del impulso instintivo en relación con él. Podemos adoptar una posición teórica similar a la que toma Rapaport (41) en relación a la energía psíquica y a las fuerzas psicológicas: “Sin tener que establecer la energía fisiológica-biológica que forma su substrato somático”. La dualidad instintiva, postulada por Freud en ‘Más allá del principio del placer’ (19) es, para nosotros, un hecho de experiencia. Hay aquí una particular intrincación de la técnica y la teoría, pero creemos que es innegable para quien haya vivido la situación analítica, en un marco teórico de base kleiniana, el enfrentamiento con fantasías y objetos en relación con el instinto de muerte. El punto de vista estructural será discutido al encarar los problemas vinculados con la teoría kleiniana. En cuanto al principio de adaptación, ya hemos manifestado nuestra opinión al respecto.

IV.— LA POSICION TEORICA DE LA ESCUELA KLEINIANA Y LAS CRITICAS A LA MISMA

Como nuestro grupo tiene una orientación kleiniana, nos ha parecido de mucho interés revisar las críticas, algunas ya muy conocidas, pero siempre renovadas, que provienen de otros grupos del movimiento analítico. Como ejemplos podríamos citar las opiniones de Anna Freud (12): “Otros autores psicoanalíticos que prefieren fiarse únicamente en la reconstrucción de procesos de desarrollo a partir del análisis de períodos ulteriores” y en otro fragmento apoya a Spitz (46) que se opone a todos los autores analíticos que pretenden encontrar en el lactante, muy tempranamente después del nacimiento, una vida mental complicada, en la cual fantasías, sentimientos de culpa, tendencias a la reparación, podrían jugar un papel. Y más adelante agrega: “Spitz rechaza el concepto de relación objetal con la madre desde el nacimiento, concepción que otras escuelas psicoanalíticas mantienen todavía”. Rapaport (41) hace una crítica (en una llamada, única referencia en todo un libro, a la teoría kleiniana) aún más drástica: “La teoría de las relaciones de objetos desarrollada por Melanie Klein y sus discípulos, no es una psicología del Yo, sino una mitología del Ello”. Fain y Marty (11), en un artículo a propósito del simbolismo fantasmático, expresan: “Es sobre todo el psicoanálisis llamado kleiniano que lo ha vulgarizado, de acuerdo a su hábito, es decir, con una indiscutible falta de método. Esta hábito, que no restringe el pensamiento en un sistema, permite progresos, pero tiene tendencia a mezclar ideas insolubles unas con otras”. Un erudito trabajo de Bryce Boyer 9) nos puede servir de guía y de ordenación en

estos aspectos críticos. El autor no tiene orientación kleiniana, pero se nos acerca diciendo: psicoanalistas de todas las orientaciones que trabajan con psicóticos, acreditan los contenidos de las fantasías que M. Klein adscribió al bebé. Más adelante continúa: independientemente del grado de lógica que se pueda adscribir al sistema kleiniano de pensamiento, no se puede negar que su teoría y los procedimientos técnicos empleados en el tratamiento de los niños han tenido una gran influencia en el desarrollo del tratamiento psicoanalítico de los esquizofrénicos. Hemos hecho estas transcripciones para mostrar que el autor no se encuentra en una línea de crítica destructiva y mal intencionada. Haciendo una exposición sistemática de la teoría, refiriéndose en especial a las “ecuaciones simbólicas” y al conocimiento inconsciente de la relación sexual entre los padres, nos lleva al problema de la fantasmática trascendental, en e sentido de previa a la experiencia, que retomaremos más adelante. En cuanto al problema del desarrollo del Yo, el autor citado piensa que el impulso para este proceso (de acuerdo a la teoría kleiniana) resulta de un suceder exclusivamente endopsíquico y no es el resultado de una interacción entre el crecimiento y el ambiente. Cita a Bibring, que sostiene que el desarrollo es más que un mecanismo defensivo y que el papel exclusivo atribuido por Klein al desarrollo endopsíquico como independiente, en gran medida de toda estimulación externa es deficiente, señalando que todas las operaciones experimentales del desarrollo de los animales muestran que los instintos determinados filogenéticamente se dirigen predominantemente a los estímulos externos.

En estas críticas hay: 1) Una deformación del pensamiento de M. Klein, que ella misma aclaró en diversos textos. Como lo afirma categóricamente Hanna Segal, de ninguna manera se desconoce la importancia de la situación exterior. Por lo tanto, los términos, exclusivamente e independientemente, en gran medida, no son adecuados. 2) El recurso de utilizar argumentos derivados de la experimentación animal exime de todo comentario.

Prosigue el autor exponiendo las ideas de Zetzel, que consideraba necesario que M. Klein y sus discípulos indicaran cómo interpretar la verdadera prueba de realidad y el pensamiento propio del proceso secundario, en términos de las premisas básicas de esa escuela. Y agrega posteriormente Bryce Boyer (9) que los analistas que siguen la corriente principal del movimiento analítico, sostienen que M. Klein y sus discípulos han extrapolado a períodos más primitivos observaciones realizadas en tratamientos de niños que pueden verbalizar o de pacientes psicóticos y fronterizos. Menciona que algunos todavía han extrapolado a períodos aún más primitivos, como Raskowsky (42) y col. Cita el tan conocido trabajo de Glover, de 1945, sobre la extrapolación retrospectiva y el uso teórico de los kleinianos de esos supuestos contenidos de la fantasía instintiva. Además, sostenía que el

grupo kleiniano redujo a confusión los conceptos freudianos sobre el aparato mental y debilitó las distinciones básicas entre los sistemas consciente e inconsciente y el proceso primario y secundario respectivamente. Las posiciones kleinianas subvierten todos los conceptos aceptados del desarrollo de lo desorganizado a lo organizado.

A continuación resume otro trabajo de Zetzel, de 1953, en relación con las formulaciones kleinianas sobre el origen del Superyo, que estarían basadas en supuestos dogmáticos. En otra perspectiva, Glover, refiriéndose a la gnosogénesis y a la interpretación de la neurosis infantil como elaboración de ansiedades psicóticas tempranas, dice que constituyen una teoría monista de la psicopatogénesis.

Al finalizar su revisión, Bryce Boyer (9) manifiesta: “Sea cual fuere la verdad, debemos recordar que Melanie Klein introdujo sus teorías no mucho después de que Freud presentara la teoría estructural y cuando la psicología del Yo estaba en su infancia”. La falta de comprensión de la teoría estructural era grande durante el período en que Klein introdujo sus ideas. Además, en ese momento el trabajo de los científicos de otras disciplinas, especialmente en etología y neurofisiología, era más ingenuo que en la actualidad y había menos evidencias para confrontar las teorías de Klein.

Nos encontramos ante críticas enfocadas desde diversos ángulos, que trataremos de enfrentar o superar al discutir las diferentes concepciones sobre las primeras etapas del desarrollo. Queremos detenernos ahora sobre el concepto de estructura frente a la crítica que en la teoría kleiniana hay una falta de comprensión de ésta y a la atribución de ese desarrollo a la psicología del Yo. Esta posición es la de Rapaport (41), que atribuye importancia fundamental a las ideas de Hartmann (25) en relación con los aparatos y a la de Erikson con sus modos y modalidades como contribuciones básicas. Así también Hill (24) manifiesta: “se dice a menudo que el punto de vista estructural fue introducido en psicoanálisis en 1923 con los problemas del Yo y el Ello. En cierta forma es cierto, pero en otros es falso... la tricotomía Yo-Ello-Superyo es solamente una muy tosca afirmación desde el punto de vista estructural..., sólo en las últimas décadas fue desarrollado el punto de vista estructural en forma concienzuda y sistemática... mucho más sutil disección de la estructura de la mente ha sido llevada a cabo en lo que concierne a las funciones del Yo. Se llaman intrasistémicas a las consideraciones estructurales dentro de una de las tres estructuras principales. La descripción del Yo, por ejemplo, como una organización de disposiciones semiautónomas de la conducta, es un enunciado estructural”. Cabría preguntarse qué es el concepto estructural. Para tratar de clarificarlo tomaremos las ideas de Lagache (35), que se ha ocupado recientemente de este problema: “La antropología de hoy es estructuralista, uno de sus rasgos principales es la

promoción de categorías de conjuntos, de unitas múltiplex. Reaccionando contra el atomismo psicológico del siglo XIX, partimos de la idea que no estamos frente a elementos aislados ni a suma de elementos, sino a conjuntos cuyas partes ellas mismas están estructuradas... La personalidad, ella misma, es una estructura que el tiempo diferencia en el individuo, un conjunto dinámico, es decir, organizado y moviente de formas psicofisiológicas, ellas mismas organizadas y movientes. Ellas aseguran con una cierta regularidad las relaciones de la persona con su mundo personal, lo que quiere decir también con ella misma. Estructura diferenciada en una estructura que la comprende, ella en sí misma comprende estructuras. Dos concepciones surgen de la personología contemporánea, para unos la estructura personal es un conjunto estático, formal, clasificación lógica de todos los componentes individuales psicológicos o somáticos. Según la otra concepción, la estructura personal es un sistema de relaciones entre formaciones que no son directamente observables, pero a las cuales la observación de ciertas regularidades confiere una realidad conceptual en el interior de un modelo teórico. Esta concepción analítica y dinámica es la de la personología psicoanalítica que ofrece el ejemplo más antiguo y más típico. Uno de los méritos de Freud es haber desentrañado el punto de vista estructural desde el «Proyecto de psicología científica» de 1895 (13) y sobre todo en la «Interpretación de los sueños» (14). A los criterios económicos y dinámicos en los cuales se funda para distinguir los sistemas con los cuales compone la ficción de un aparato psíquico, se ha propuesto después agregar otros criterios, tales como el genético, que concierne al origen y al estilo de organización de formaciones parciales, y el criterio de adaptación, que valdría sin duda más concebirlo como el criterio de la relación de objeto”. Compartimos en su casi totalidad lo expresado por Lagache (35). De acuerdo: 1) con lo que sostiene que el punto de vista estructural ya aparecía en Freud antes del Yo y el Ello (20); 2) el concepto particular de estructura de la psicología del Yo parecería estar descrito, por lo menos parcialmente, en la primera concepción que describe Lagache como formación rígida, estática, formal; 3) el autor íntegra también, en otras partes de su trabajo, los puntos de vista dinámico y económico; 4) del mismo modo compartimos su pensamiento con respecto al principio de adaptación.

Retomando la crítica de la falla de los conceptos estructurales en la teoría kleiniana, recordaremos las ideas de W. Baranger (3) cuando se refiere a los desarrollos de la escuela kleiniana de los conceptos de Freud: “Nos encontramos frente a una serie de conceptos estructurales, el instinto con sus características definidas, la fantasía inconsciente como relación estructural vivenciada entre instinto, sujeto y objeto, el objeto introyectado modelado por la fantasía, el Yo y Superyo estructurados por identificación con los objetos

introyectados”. Exceptuando el concepto estructural del instinto, que no comprendemos totalmente, en todo lo expresado es evidente la importancia que tiene el punto de vista estructural en el pensamiento kleiniano y que no caben las críticas sostenidas anteriormente, salvo si se enfoca con el criterio estrecho y parcial de algunos teóricos de la psicología del Yo.

V.— LAS PRIMERAS ETAPAS DEL DESARROLLO

Sería obvio señalar la necesidad de poseer un modelo teórico sobre este período básico de la vida del ser. En nuestro medio el interés se ha centrado especialmente sobre las angustias confusionales tempranas [Koolhaas (34), Garbarino (23), Galeano (22)], tema que no abordaremos aquí. Los caminos para la investigación, en el estado actual de nuestra técnica, tienen dificultades extremas, ya que el procedimiento psicoanalítico experimental directo es inaplicable. En general se han utilizado dos líneas: Freud y luego M. Klein, partiendo de materiales analíticos recogidos en edades posteriores, postularon un cierto tipo de hipótesis no directamente verificables y luego se interesaron en darles un mayor poder, observando la conducta temprana del niño. También S. Isaacs (28) se preocupó de buscar apoyo en la investigación realizada con lactantes desde otras perspectivas. La otra línea, cuyo prototipo es Spitz (46), partiendo de algunos conceptos freudianos, pero dándole una importancia básica a la observación directa de la conducta, construye desde este ángulo conductista una serie de hipótesis. Es indudable que es difícil rebatir la crítica de la extrapolación. La desviación dogmática se encuentra en la mayor parte de los modelos teóricos de este período, el ejemplo ya referido de Spitz (46), “No admito un Yo al nacimiento”, es bien evidente. No insistiremos sobre el pensamiento de Freud, ya que hemos tomado como ejemplo, siguiendo a Balint (1), sus ideas sobre el narcisismo primario, autoerotismo y relación objetal primaria. Nos detendremos en sus ideas sobre el Yo precoz y las diferencias con otros investigadores. H. Segal (45) expresa: “El concepto de fantasía inconsciente, tal como lo utiliza M. Klein, implica un mayor grado de organización yoica que el que suponía Freud. La discusión que sostienen los analistas sobre el estado del Yo en los primeros meses de la infancia, no se reduce a cuestión de mutuos malentendidos o a diferente utilización del lenguaje. Se trata de una verdadera divergencia, muy importante, sobre como son las cosas. Por supuesto, las experiencias atribuidas al bebé dependerán del cuadro que se

tenga del Yo en cada etapa. Para que una descripción de los procesos implicados tenga sentido, debe comenzar describiendo al Yo. Según M. Klein hay suficiente Yo al nacer como para sentir ansiedad, utilizar mecanismos de defensa y establecer primitivas relaciones objetales en la fantasía y en la realidad. Esta concepción no difiere por completo de la de Freud. Algunos de los conceptos de Freud implican, al parecer, la existencia de un Yo temprano. Freud describe también un mecanismo de defensa temprano, la deflexión del instinto de muerte, que ocurre al comienzo de la vida, y su concepto de realización alucinatoria de deseos, implica un Yo capaz de establecer una relación objetal en la fantasía”.

Entre los múltiples trabajos de M. Klein, existen particularmente dos que se refieren al Yo precoz: “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” (32) y “Envidia y gratitud” (33). En el primero escribió: “Hasta el momento conocemos muy poco de la estructura del Yo precoz. Algunas sugerencias recientes al respecto no me han convencido. Me refiero particularmente al concepto de Glover sobre los núcleos del Yo y a la teoría de Fairbairn del Yo central y dos Yo subsidiarios. Creo más eficaz la importancia que da Winnicott a la no integración del Yo precoz. Diría también que el Yo precoz carece de cohesión y que una tendencia a la integración, alterna con una tendencia a la desintegración y al desmoronamiento. Estimo que estas fluctuaciones son características de los primeros meses de la vida. Creo que tenemos razón al presumir que algunas funciones que conocemos del Yo posterior existen desde un comienzo. La más sobresaliente de estas funciones es la de hacer frente a la angustia. . El primer objeto bueno interno actúa como un punto central en el Yo”. Señalaremos, en primer lugar, la forma que emplea M. Klein para expresar sus ideas; los términos: diría, creo, presumir, etc., muestran la definida intención de no caer en afirmaciones dogmáticas. En segundo término, de lo transcrito, así como en otros lugares de su obra, se desprende que pensaba que el Yo precoz tenía dos sectores diferentes, uno “centro de actividad para manejar la angustia” y otro “pecho bueno introyectado”.

Otro concepto de M. Klein que queremos discutir es el que aparece en la nota 1 de “Observando la conducta de bebés” (31):

“Mi obra psicoanalítica me ha llevado a la conclusión que el niño siente inconscientemente que existe un objeto de bondad sin par, del que podría obtener máxima gratificación. Creo, además, que su conocimiento inconsciente implica que la relación con el pecho se desarrolla incluso en bebés que no han sido alimentados por el pecho... El hecho de que al principio de

la vida prenatal existe un conocimiento inconsciente del pecho y que se experimenten sentimientos hacia el pecho, sólo puede concebirse como una herencia filogenética”. Nos enfrentamos aquí con el concepto de fantasías “a priori”, previas a la experiencia, que ya mencionamos como uno de los problemas de la escuela kleiniana. Lagache (36) trata este punto tan debatido con su sutil espíritu crítico. Las trata como fantasías originales, trayendo a discusión los textos de Freud sobre los residuos arcaicos (Urphantasien), haciendo una similitud con el problema filosófico concerniente a la clásica discusión entre el empirismo y la teoría de las ideas innatas. Este concepto de fantasías originales para el autor, fue utilizado, por un lado, por Jung de una manera total, y de diferentes puntos de vista, por Klein e Isaacs. Hace una primera observación de orden metodológico: admitir las fantasías “a priori”, significa salir del terreno psicoanalítico a una antropología más especulativa. La segunda objeción es genética: aun admitiendo fantasías previas a la experiencia, ellas implican un estadio desarrollado de la actividad mental para tener lugar, aunque agrega que una disposición innata puede manifestarse recién al alcanzar el individuo cierto nivel de desarrollo. El autor expresa que aun no admitiendo una actividad cognitiva en el nacimiento, no hay duda que existen desde el nacimiento relaciones de objeto del niño con la madre, que denomina funcionales. Finalmente, sostiene que establecer la cronología de la aparición del Yo, relaciones de objeto y consciencia, es en el fondo crear un seudoproblema. Psicólogos de otras orientaciones, como Piaget (39), sostienen que la capacidad de concebir y retener un objeto ausente está presente recién a los 16 meses, pero que esto es el producto de un desarrollo que se inicia en el nacimiento.

En el trabajo sobre “Fantasía, objeto y estructura psíquica W. Baranger (3) escribe: “Tenemos que revisar nuestro concepto de introyección, este concepto implica la división entre lo interno y lo externo que no puede existir en el momento de los primeros procesos introyectivos. Al contrario, lo más probable es que la diferenciación entre lo interno y lo externo provenga de la introyección y la proyección... El niño reacciona a todo incremento de tensiones y a toda frustración de origen interno o externo, dividiendo su experiencia del pecho (campo de experiencia fundamental) entre un centro positivo, donde ubica sus pulsiones libidinales y sus experiencias placenteras (el pecho bueno), y un centro negativo, donde ubica sus pulsiones destructivas y sus experiencias displacenteras y angustiosas... La discriminación entre fantasía y objeto es abstracta y pertenece a un estado evolutivo mucho más adelantado. Podemos decir que por actuación de fantasías básicas heredadas o profantasías que existen anteriormente a la experiencia externa, se crean, por influencia de las situaciones en las cuales intervienen el ambiente del niño y esencialmente la madre,

moldes estructurales de vivencias”. Esta formulación de centros positivos y negativos de experiencia supera el calificativo bueno-malo que por más que nos excusemos sobre su inadecuación, siempre implican juicios de valor que se adquieren sólo con la experiencia madurativa. Milner (37) se refiere a este problema en el mismo sentido, apoyándose en los conceptos de Winnicott, de objeto no discriminado, etc. Hanna Segal (45), en su libro ya citado, no hace ninguna mención explícita de las profantasías y como afirma que las fantasías son función del Yo y éste a su vez es considerado como un precipitado de fantasías, de catexias y de fantasías de objetos introyectados, se hace muy oscuro qué es lo primero.

Otro punto crucial en la teoría kleiniana es el del simbolismo.

M. Klein (30) lo estudió especialmente en su trabajo “La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del Yo”.

Expresa textualmente: “Como el niño desea destruir los órganos pene-vagina-pecho, que representan los objetos), comienza a temer a estos últimos. Esta angustia contribuye a que equipare dichos órganos con otras cosas; debido a esa equiparación, éstas a su vez se convertirán en objetos de angustia. Y así el niño se siente constantemente impulsado a hacer nuevas ecuaciones que constituyen la base de su interés en los nuevos objetos y del simbolismo. Entonces el simbolismo no sólo constituye el fundamento de toda fantasía y sublimación, sino que sobre él se construye también la relación del sujeto con el mundo exterior y con la realidad en general”. Bion (6), en “Lenguaje y esquizofrenia”, escribe: “La capacidad para formar símbolos depende de: 1) la capacidad de captar objetos totales; 2) el abandono de la posición esquizoparanoide con su concomitante disociación (splitting); 3) la reunión de lo disociado y la introducción de la posición depresiva

Siguiendo a Milner (37), creemos que Fenichel señaló bien los dos significados distintos de la palabra simbolización, que a menudo han sido confundidos. Dice: “En los adultos una idea consciente puede ser utilizada como símbolo con el propósito de ocultar una idea inconsciente objetable... pero el pensamiento simbólico constituye también una parte del pensamiento prelógico primitivo. El simbolismo arcaico, como parte del simbolismo prelógico y la distorsión mediante la representación de una idea reprimida a través de un símbolo consciente, no son lo mismo

Spitz (46) expresa: “Yo me he prohibido, y lo subrayo, toda hipótesis sobre la presencia de procesos intrapsíquicos que podrían actuar en el niño desde el nacimiento. Según el concepto de Freud, que está unánimemente confirmado por las observaciones y las expresiones de todos los que han estudiado el recién nacido, el pensamiento no existe en el

nacimiento. . . Asimismo, el simbolismo es inexistente, y por lo tanto, toda interpretación simbólica. Los símbolos están ligados a la adquisición del lenguaje. La palabra es inexistente durante el primer año, los mecanismos de defensa son inexistentes por lo menos en la forma descrita en la literatura”.

A nuestro juicio, la opinión de Spitz (46) con respecto al simbolismo, se refiere al primer significado del concepto que aclara Fenichel y no al simbolismo arcaico que está vinculado al proceso primario.

Siguiendo ahora con el pensamiento de Spitz (46), cuya posición es como vemos totalmente opuesta a la kleiniana, sostiene que el lactante se encuentra en un estado indiferenciado, apoyándose en sus observaciones y tomando a su conveniencia ciertos conceptos de Freud. Construye así una serie de hipótesis dogmáticas sobre objeto precursor, primera reacción de angustia a los 8 meses (a las reacciones previas a este período les llama reacciones de displacer arcaico), etc. Interesa cotejar las ideas de Spitz (46) con las de Hartmann (25) por la importancia que se les da en la literatura analítica no kleiniana. Dice este último autor: “Aunque el niño recién nacido no está privado por completo de un equipo instintivo (por ejemplo: mamar, tragar, cerrar los ojos a la estimulación luminosa, llorar) ni de un equipo congénito adicional (impulsos instintivos y el aparato del Yo) que madura solamente más tarde, de hecho, este equipo instintivo del niño recién nacido comparado con el del animal, es extremadamente pobre”. Afirma un origen independiente del Yo, que no es una diferenciación del Ello y que luego utiliza para su desarrollo del concepto del área libre de conflictos.

Quisiéramos, finalmente, resumir brevemente las ideas de Lagache (35) con respecto a este mismo problema. El autor niega la indiferenciación primaria, expresando que solamente ciertas fórmulas temerarias son capaces de hacerlo. La relación entre -la madre y el niño no podría concebirse de otra manera que como una relación de objeto, aunque expresa la idea de una participación sincrética con la madre no diferenciada. Supone que el niño se confunde con la madre en una participación simbiótica, siempre que la madre satisfaga sus necesidades, y que se distingue de ella y la distingue de él, cuando está ausente.

Luego de esta esquemática visión, que ha sido voluntariamente encarada en forma parcial, abordando solamente algunos problemas, tal como está señalado en la “Introducción”, podemos formular lo siguiente:

1º) Trabajando con un esquema referencial técnico de orientación kleiniana hay evidencia indiscutible que las fantasías inconscientes y relaciones de objeto de la posición

esquizoparanoide y la depresiva, tienen su origen en las primeras etapas del desarrollo.

2º) La adjudicación de una cronología precisa desde el nacimiento puede ser objeto de críticas del tipo referido en el curso del trabajo (extrapolaciones, afirmaciones dogmáticas, etc.).

3º) Afirmlas desde el nacimiento supone admitir una fantasmática trascendental, previa a la experiencia, o si se postula que las fantasías son función del Yo, éste tiene que poseer desde el nacimiento capacidades de cierta complejidad.

4º) La utilización de términos, bueno-malo para las primeras etapas, resultan inadecuados porque implican inevitablemente un juicio de valor.

5º) Una formulación a partir de una diferenciación primaria, con centros positivos y negativos de experiencia en el campo fundamental del primer objeto, que luego con la maduración y desarrollo dan lugar al establecimiento de estructuras más nítidamente diferenciadas, nos parece más adecuada al estado actual de nuestros conocimientos y a las adquisiciones de otras disciplinas.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. BALINT, M.— Narcisismo primario y amor primario. “Rev. Uug. de Psic.”, 7: 57-92; 1965.
2. BARANGER, M. y W.— La situación analítica como campo dinámico. “Rev. Urug. de Psic.”, 4: 5-54; 1961-62.
3. BARANGER, W.—Fantasía, objeto y estructura psíquica. “Rev. Urug. de Psic.”, 1: 303-341; 1956.
4. BARANGER, W.— Comunicación personal.

5. BARNETT, L.— “Einstein et l’Univers”. Gallimard, Paris, 1962.
6. BION, W. R.— “Lenguaje y esquizofrenia”. Nuevas direcciones en psicoanálisis. Paidós, Buenos Aires, 1952.
7. BION, W. R.— “Aprendiendo de la experiencia”. Paidós, Buenos Aires, 1966.
8. BION, W. R.— Elementos de psicoanálisis”. Paidós, Buenos Aires, 1966.
9. BRYCE BOYER, L.—Desarrollo histórico de la terapia psicoanalítica de la esquizofrenia. Contribuciones de los discípulos de Freud. “Rev. Psic.”, 23: 91-148; 1966.
10. CASSIRER, E— L’influence du langage sur le développement de la pensée dans les sciences de la nature. “J. Psychol. norm. pathol.”, 39: 129-152; 1946.
11. FAIN, M. et MARTY, P — Perspectives psychosomatiques sur la fonction des fantasmes. “Rev. Franç. de Psych.”, 28: 609-622; 1964.
12. FREUD, A—Prólogo del libro de E. Spitz (46), 1955.
13. FREUD, S.— “Proyecto de una psicología para neurólogos” (1895). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
14. FREUD, S.— “La interpretación de los sueños” (1900). O. C. Buenos Aires. 1952.
15. FREUD, S.— “Una teoría sexual” (1905). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
16. FREUD, S.— “Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito” (1911). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.

17. FREUD, S.— “Introducción al narcisismo” (1914). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
18. FREUD, S.— “Los instintos y sus destinos” (1915). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
19. FREUD, S.— “Más allá del principio del placer” (1920) O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
20. FREUD, S.— “El Yo y el Ello” (1923). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
21. FREUD, S.— “Nuevas aportaciones al psicoanálisis” (1932). O. C. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
22. GALEANO, J.— “Angustia de ausencia y presencia”. (Inédito, 1960.)
23. GARBARINO, H.—Nacimiento, confusión y fobias. “Rev. Urug. de Psic.”, 5: 251-268; 1963.
24. GILL, M.— “Estado actual de la teoría psicoanalítica”. Aportaciones teoría y técnica psicoanalítica. Pax, Méjico, 1962.
25. HARTMANN, H.— “La psicología del Yo y el problema de la adaptación”. Pax, Méjico, 1962.
26. HEIMANN, P.— “Algunas funciones de introyección y proyección en la temprana infancia”. Desarrollos en psicoanálisis. Hormé, Buenos Aires, 1962.
27. HORNEY, K — “La personalidad neurótica de nuestro tiempo”. Paidós, Buenos Aires, 1951.
28. ISAACS, S.— “Naturaleza y función de la fantasía”. Desarrollos en psicoanálisis. Hormé, Buenos Aires, 1962.

29. JACQUES, E.— Death and the mid-life crisis. "Int. J. Psych.", 46: 502-514; 1965.
30. KLEIN, M.— "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del Yo" (1930). Contribuciones al psicoanálisis. Hormé, Buenos Aires, 1964.
31. KLEIN, M.— "Observando la conducta de bebés" (1932). Desarrollos en psicoanálisis. Hormé, Buenos Aires, 1962.
32. KLEIN, M.— "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (1946). Desarrollos en psicoanálisis. Hormé, Buenos Aires, 1962.
33. KLEIN, M.— "Envidia y gratitud" (1957). Emociones básicas del hombre. Nova, Buenos Aires, 1960.
34. KOOLHAAS, G.— El origen psicótico de las neurosis. "Rev. Urug. de Psic.", 2: 406-451; 1958.
35. LAGACHE, D.— La Psychanalyse et la structure de la personnalité. "La Psychanalyse", 6: 5-54; 1961.
36. LAGACHE, D.— Fantaisie, réalité et vérité. "Rev. Franç. de Psych.", 28: 515-538; 1964.
37. MILNER, M.— "El papel de la ilusión en la formación de símbolos". Nuevas direcciones en psicoanálisis. Paidós, Buenos Aires, 1965.
38. NIETO GROVE, M.— Algunos problemas del analista como investigador. "Rev. Urug. de Psic.", 7: 5-28; 1965.
39. PIAGET, J.— "La construction du réel chez l'enfant". Delachaux, Paris, 1937.
40. POINCARÉ, H.— "La Science et l'Hypothèse". Flammarion, Paris, 1906.

41. RAPAPORT, D.— “Sobre metapsicología”. Nuevas aportaciones a la técnica y teoría psicoanalítica. Pax, Méjico, 1962.
42. RASCOVSKY, A.— “El psiquismo fetal”. Paidós, Buenos Aires, 1960.
43. RIVIERE, J.— “Sobre la génesis del conflicto psíquico en la primera infancia”. Desarrollos en psicoanálisis. Hormé, Buenos Aires, 1962.
44. RUBINSTEIN, S. L.— “El ser y la conciencia”. Pueblos Unidos, Montevideo, 1963.
45. SEGAL, H.— “Introducción a la obra de Melanie Klein”. Paidós, Buenos Aires, 1965.
46. SPITZ, R. A.— “La première année de la vie de l’enfant” P.U. F Paris, 1958.
47. WISDOM, J. O.— Structure, Identification et tensions internes. “La Psychanalyse”, 6: 105-110; 1961.

La Psicología del Yo, la energía psíquica
y las vicisitudes de una explicación cuantitativa
en la teoría psicoanalítica *

BERNARD APFELBAUM

(Berkeley, California)

Podría decirse que las múltiples reconsideraciones sobre las concepciones de Freud, acerca de la energía psíquica, no han afectado la forma en que éstas son actualmente usadas. Esto se debe, en parte, a que dichas reconsideraciones han tenido lugar en el plano filosófico y fisiológico, sin tocar el marco referencial clínico sobre el cual se sustentan.

La aparente inmunidad de estos conceptos puede ser una consecuencia del principio de la teoría psicoanalítica, de que se requiere cierto número de enfoques diferentes para explicar la actividad psíquica. Por lo tanto, el enfoque económico como la sintetización de las concepciones freudianas sobre energía psíquica, debe ser utilizado en complementación con otros enfoques: dinámico, estructural, genético, etc. Se da por sentado que cada enfoque aislado es insuficiente. Así, el señalar las deficiencias del enfoque económico, parece meramente servir para confirmar esta suposición; asumiendo que cuando un enfoque es deficiente, deberá complementarse con otro. Además, dado que la actividad psíquica es tan compleja y que existe sobre tantos niveles, puede parecer ilógico eliminar un enfoque, como si la anatomía fuera dejada de lado en favor de la fisiología. Este trabajo plantea el punto de vista, que esta fácil aceptación de diferentes tipos de explicación, ventajosa en muchos aspectos, puede oscurecer filosofías opuestas.

En un reciente panel sobre el concepto de energía psíquica, informado por Modell (1963), Kubie criticó el enfoque económico, afirmando que las explicaciones cuantitativas ofrecen solamente descripciones de comportamiento en términos metafóricos. El peligro radica en que estas descripciones, por lo común, tienen el sentido de explicaciones finalistas, ya que las metáforas cuantitativas aluden tanto a experiencias conscientes subjetivas, como

* Traducido del "International Journal of Psycho-Analysis", Vol. 46, 1965, Part. 2.

formas populares de hablar acerca de los procesos psicológicos. Explicar el comportamiento sobre la base de cambios cuantitativos hipotéticos, también da un engañoso sentimiento de objetividad.

En otro trabajo, Kubie (1947) denominó a las formulaciones económicas “el eslabón más débil en todas las teorías actuales ~ la causalidad psicológica”.

En las discusiones del panel, la defensa del enfoque económico tomó varias formas, pero esencialmente se apoyó en el argumento de que las concepciones cuantitativas son clínicamente fructíferas y sobre la aseveración de que el enfoque cuantitativo nunca intentó dar la explicación final o total de la actividad psíquica. Los partidarios del enfoque económico, también resaltaron el hecho de que los modelos conceptuales, son a menudo, analogías o metáforas, y que el límite entre descripción y explicación, es difícil de establecer. Parece igualmente obvio que los modelos conceptuales son siempre provisorios, para servir a un propósito, hasta ser reemplazados por alguno mejor, y que el peligro” señalado por Kubie es solamente el riesgo de error conceptual, que siempre está presente y debe ser tenido en cuenta.

Considerando que la actividad psíquica tiene, tanto un aspecto cuantitativo como uno cualitativo, puede parecer quijotesco negar el enfoque cuantitativo. Así, Waelder dijo que el “había planeado alertar contra el concepto de energía psíquica, pero se encontró defendiéndolo”, ya que “en su favor estaba la convicción de que existía alguna fuente de energía, o cómo, si no, podríamos comprender la fatiga y la extenuación?”. En la misma línea, agregó, que se trata de un concepto viejo incorporado al lenguaje y anterior a Freud.

Por consiguiente, para algunos de los participantes del panel, pareció demasiado escrupuloso (aun defensivo) el criticar algo tan básico como el aspecto cuantitativo de las cosas.

Ellos sintieron que la crítica hecha por Kubie y Waelder sólo expresaba una inevitable insatisfacción con las concepciones provisorias de una ciencia joven. Uno de los objetivos del presente trabajo es mostrar que el peligro, sobre el cual advirtió Kubie no es solamente el riesgo calculado de un error conceptual, sino el riesgo de usar un modelo no analítico para un material analítico. Este riesgo se convierte en peligro, ya *que* el modelo cuantitativo puede sutilmente exceder su status de hecho hipotético, y pareciendo asumir para sí el ineludible reconocimiento de ser casi un parámetro fisiológico. Este peligro es el más grande porque el enfoque multidimensional se asume para garantizar la integridad de las explicaciones finales, complementando los conceptos no analíticos con conceptos analíticos. Si este peligro fuera

mejor reconocido por todos, se podría considerar que, si las concepciones de- energía tienen valor en el plano clínico, no tendría sentido abandonarlas. Como Holt —otro miembro del panel— lo expresó, el modelo de energía necesita una revisión, pero “tiene todavía una gran utilidad clínica, aunque se probara finalmente que no es enteramente útil”.

Otro objetivo -del presente trabajo es demostrar que esta aceptación es indefendible, ya que es principalmente en el nivel clínico donde las deficiencias del enfoque cuantitativo son más serias; más que en el campo filosófico o fisiológico. Las críticas de Kubie son todas en un nivel clínico, y se apoyan en breves ejemplos clínicos, tanto en el panel como en su trabajo anterior (mientras que Holt, aparentemente no presentó ejemplos que sustenten su opinión en la utilidad clínica del modelo energético).

La psicología del Yo se ha identificado progresivamente con los principios económico-estructurales, como lo evidencian los trabajos de Hartmann, Kris y Loewenstein, y de Rapaport.

El término “psicología del Yo”, en su origen, se refería a los desarrollos clínicos y teóricos de los años veinte, basado en la introducción que Freud hizo de conceptos más complejos sobre defensa y resistencia; marcando así la transición del “análisis del Ello” al “análisis del Yo”. A menudo se supone, con cierta superficialidad, que la psicología del Yo de Hartmann y col. representa un desarrollo teórico que se apoya en la Psicología del Yo de Freud y en la práctica analítica contemporánea.

Un propósito adicional de este trabajo es mostrar que la Psicología del Yo de Hartmann, no toma en cuenta los aspectos clínicos de la psicología del Yo, y no puede hacerlo dado el compromiso de Hartmann con la elaboración de sus formulaciones económico-estructurales. Estas formulaciones pueden ser consideradas como constituyendo un movimiento retrógrado, como un intento de volver al marco referencial ‘del psicoanálisis primitivo, a la perspectiva del método catártico y el subsiguiente período de análisis del Ello. Estas formulaciones ofrecen también los ejemplos más claros del pensamiento cuantitativo, ya que representan un intento de construir “una teoría general del psicoanálisis” enteramente en la línea de explicaciones cuantitativas (económico-estructurales) (Rapaport, 1960 a).

EL TRATAMIENTO FISCALISTA

DE LA MOTIVACION

Como es bien sabido, muchas de las primeras especulaciones teóricas de Freud, eran un intento de emular la fisiología del siglo diecinueve, de Helmholtz y Brücke, tanto como su fisiología “fiscalista” era un intento de emular a los físicos de entonces. Bernfeld (1944) describe que el clima de esa época era tal que:

“la ciencia y las fuerzas físicas, no eran meramente ideas o hipótesis directrices de intentos científicos; se convirtieron casi en objetos de adoración. Más que métodos de investigación, llegaron a ser «weltanschauung»”.

El caracteriza este punto de vista como una reacción contra el descuido intencional de la anterior “Filosofía-Natural”, un movimiento vitalista, místico, romántico, en el cual los acontecimientos orgánicos y cósmicos eran vistos como gobernados por influencias supraorgánicas. El recurrir a tales cuasi-religiosas fuerzas motivacionales era ajeno a una actitud racional. En el afán de excluir la noción de propósito y de destacar únicamente los efectos de las fuerzas físicas sobre- partículas materiales, el fenómeno de la intencionalidad era, a menudo, excluido, como un tópico no científico en las ciencias sociales en general, y así fue considerado en los primeros trabajos teóricos de Freud.

Las actividades que involucraban la intención, fueron excluidas del campo de estudio, a no ser que pudieran ser consideradas independientemente de su carácter propositivo. El mundo subjetivo de- la intencionalidad y de la significación estaba pues cerrado, salvo cuando era reducible a ciertas formulaciones altamente restringidas, basadas en fuerzas físicas y estructuras materiales.

La absoluta limitación de este criterio físico de objetividad, se encontró con la perspectiva del método catártico, con su énfasis sobre la conjunción de energías casi somáticas. Las primeras concepciones de Freud sobre las bases tóxicas de la ansiedad, fueron en este sentido, el estancamiento de la libido fue visto como un envenenamiento del sistema, causando la neurosis somática (neurastenia y neurosis de- ansiedad). Los propósitos específicos no tomaban parte en la etiología de estas enfermedades. Ellas podrían haber sido

causadas por propósitos conscientes o inconscientes, así como por restricciones puramente ambientales de la descarga libidinal. Sin embargo, Freud formuló paralelamente sus conceptos acerca de las neurosis de defensa (histeria y neurosis obsesiva) y no siguió el mismo criterio fisicalista en estas formulaciones, y así arriesgó al psicoanálisis a ser excluido del campo de las ciencias.

Su derivación de las neurosis de defensa de la concepción del conflicto psíquico y la represión estaba enteramente basada en el estudio del significado y propósito inconsciente. En este primer período, la solución de Freud fue mantener tales conceptos de intencionalidad restringidos al nivel clínico, eliminándolos del nivel teórico. El nivel clínico estaba representado por lo que él posteriormente llamó principio “dinámico” que engloba los aspectos cualitativos del interjuego de metas y propósitos conflictuales o integrados.

El punto de vista dinámico es exclusivamente psicoanalítico, teniendo poco en común con la física, la fisiología o la psicología general. El nivel teórico, representado por el principio económico, era para dar cuenta de estos fenómenos dinámicos y cualitativos, en términos completamente cuantitativos. La llave que usó Freud para sustentar esto, fue la separación conceptual entre fuerza motivacional ¹ pura y motivación o meta propositiva (intencional). El concepto resultante de fuerza motivacional pura o energía psíquica, ofreció la oportunidad de dar cuenta de la actividad psíquica sin referencia a los propósitos. Y logró un sustento clínico en las formulaciones catárticas y toxicológicas.

La energía psíquica, así como la concepción análoga de la física, podrá no tener un propósito o un fin inherente. Era para ser aplicada en el mismo sentido en que los físicos aplicaban la hipótesis de un surgir de “fluido eléctrico” (Freud, 1894). En este nivel, la explicación psicoanalítica podrá ser expresada en términos de la física de las fuerzas, ejemplo: “los factores económicos de la energía psíquica”. Sin embargo, la fuerza motivacional pura puede ser guarnecida al contener y transmitir estructuras. Para decirlo en otras palabras: una vez que los motivos son separados de sus fines, esto a su vez requiere la introducción de mecanismos que restituyan la función directriz de estos fines. En este sentido, la energía implica control. Como señala Rapaport (1960 a) “hasta tanto el comportamiento puede ser -determinado por impulsos, también puede- decirse que lo está por

¹ **Nota del traductor:** El original en inglés dice “motive”, palabra que puede ser traducida: motriz o motivacional.

defensas y/o controles”. Lo que tiene en mente son aparatos que transmiten y guían, sistemas de canales y válvulas con estímulos intrínsecos y un umbral de respuesta.

Tales aparatos del Yo pueden fácilmente adquirir el status de dotaciones constitucionales, tal como en la afirmación de Rapaport, de que los aparatos del Yo de autonomía primaria, “son el único medio de acción que tiene el organismo”. Aunque esto no suene ya como hipotético, no es más que una afirmación de las consecuencias conceptuales de la separación entre los impulsos y los fines.

Una vez que el postulado energético es aceptado, los impulsos, considerados como pura fuerza motora, implican estructuras y controles.²

Aunque desde el punto de vista dinámico, puede fácilmente decirse que los impulsos implican propósitos. Entonces las estructuras y los controles pueden ser vistos “como propósitos organizados”.

El uso del concepto de estructura, en lugar del de propósito e intención, emerge más claramente cuando Rapaport, en el pasaje citado anteriormente, sugiere que las estructuras pueden operar independientemente- de los impulsos, y pueden tener los suyos propios (en una escala limitada). Si las estructuras invocadas para dirigir los impulsos pueden tener a su vez sus propios impulsos, vemos que la separación entre energía y estructura que el modelo físico demanda, no puede ser estrictamente mantenida, y que los aparatos del Yo se transforman más en principios activos, que en los deflectores y manipuladores inertes que el término sugiere. Si actúan, como lo hacen, por su propia cuenta, entonces estos aparatos son manifiestamente intencionales. Sin embargo, este es un caso especial en la teoría. En el caso representativo, se ve menos claramente la función de- los aparatos, como propósitos organizados. En resumen, los fines fueron separados de las motivaciones, dejando el impulso puro. Este impulso implicaba estructuras y controles, los cuales a su vez implicaban fines.

² Gill (1963, p.143), en una monografía que apareció cuando este trabajo estaba terminado expresa el sentido de inevitabilidad que acompaña a los conceptos estructurales, una vez que la energía psíquica es aceptada como un hecho constitucional: “Un aparato puramente de proceso-primario es inconcebible a causa de que una fuerza debe ser algo de alguna manera limitado, y ese límite debe ser, en sí mismo, un estructura”.

En el proceso de completar este ciclo, el concepto de control (estructura, aparato) ha tomado una complejidad casi-orgánica, no siendo ya su aspecto proposicional claramente reconocido. Las disposiciones estructurales para actuar son consideradas como determinantes orgánicas, en un sentido casi reflejo. Como el más enérgico defensor de esta posición, Rapaport 1960 b) dice que el comportamiento determinado por defensas y controles es causado”, pero no “motivado”. Es como si dijéramos que tal comportamiento es simplemente- un producto del funcionamiento del aparato, contrastando con el comportamiento estimulado por los impulsos de los cuales el aparato existe como mediador

El enfoque estructural, al ser desarrollado a lo largo de líneas cuantitativas, como en la Psicología del Yo, de Hartmann y Rapaport, genera varias categorías de controles, conducentes a crear una intención de naturaleza biológica. En el nivel más simple, se encuentran los “límites estructurales de descarga”, ejemplo: la naturaleza del organismo mismo puede ser considerada como teniendo un efecto de control sobre los impulsos. (Tal como la energía implica control, también implica estímulo y umbral de respuesta.) Esto incluye el concepto de secuencias de maduración como imposiciones sucesivas sobre los impulsos. En el nivel siguiente, están las funciones de control de un género organizado, sintetizado y equilibrado, y que pueden ser fácilmente visualizados en términos enteramente mecánicos, es decir, como innatos y orgánicos, operando independientemente de las intenciones conscientes o inconscientes.

Aceptada la metáfora energética, tales funciones parecen ser, lisa y llanamente, imprescindibles, así como la energía hidráulica sólo puede existir cuando está contenida en diques y canales. Por lo tanto, la suposición básica es, en esto, que tales controles están determinados por una selección natural. Así, la “adaptación” es la última fuerza a la que hay que recurrir en el intento de invocar “propósitos orgánicos”, tal como en las primeras teorías de Freud, la “autopreservación” estaba al servicio de esta función. El objetivo de Hartmann (1950) puede ser resumido en su afirmación, de que: “La psicología del Yo, al investigar más estrechamente, no solamente- las capacidades adaptativas del Yo, sino también de sus funciones de «síntesis», de integración y de organización —esto es, la centralización del control funcional— ha extendido esta esfera, en la cual, una convergencia de conceptos analíticos y fisiológicos y especialmente fisiología cerebral, podría ser posible algún día”.

Todas las formulaciones de Hartmann se desarrollan buscando paralelos posibles entre los sistemas psíquicos y el sistema nervioso central; él emplea consistentemente la técnica (metateórica) de sistematización empleada por Freud, describiendo las organizaciones psíquicas como si fueran sistemas orgánicos fisiológicos. Hartmann (ibid, pp. 82f) llega al

límite de esta somatización de las funciones de control, en sus especulaciones (confesadas como muy hipotéticas) acerca de las predisposiciones innatas para el desarrollo de ciertas clases de defensa.

Claramente no puede darse por sentado, que los controles sean dotaciones constitucionales y de la evolución datos en sentido fisiológico. Para explicar los efectos de la experiencia sin dejar de lado el marco referencial no intencional por el que optó, Hartmann recurre al “hábito”, como uno de sus conceptos clave.

En este sentido expresa: “Cada formación reactiva caracterológica, originada como defensa contra los impulsos, gradualmente tomará otras funciones en el trabajo del Yo. Como sabemos que los resultados de este desarrollo pueden ser algo estables, o hasta irreversibles en la mayoría de las condiciones normales, podemos llamarlas funciones autónomas, aunque con autonomía sólo secundaria”.

Esta es la concepción de que el ejercicio de una función imprime caracteres en ellas y que el tiempo y el uso fortalecen los hábitos. De este modo, la experiencia, gradualmente toma a su cargo el ensamble de los impulsos y de las estructuras conductoras de impulsos.

La idea de hábito ofrece un principio causal que sugiere una organización autónoma ‘de la fuerza motivacional, no requiriéndose un propósito para ponerlo en movimiento.

REPRESION Y SUPERYO

Esta interpretación fisicalística de las funciones de control, es lograda a costa de una pérdida de la capacidad de analizar el aspecto dinámico, cualitativo de la motivación.

El conflicto y la represión, los dos conceptos dinámicos básicos, pueden ser representados, solamente, en forma restringida, en un modelo construido a semejanza de la física y la neurofisiología. Las intenciones activas y los significados inconscientes no pueden tener lugar en este esquema.

La “represión del Superyo” está excluida a causa de que involucra los efectos de significados inconscientes (fantasía, procesos de simbolización, ideales, etc.). Sin embargo, la represión del Yo, si es considerada en una forma especial, resulta apropiada para la esquematización en términos físicos y orgánicos. Este es el sentido en el cual el Yo es considerado como un agente interno de la realidad, concepto que compone la clave de la Psicología del Yo de Hartmann. La represión del Yo se convierte en una actividad al servicio de la adaptación, operando para reprimir los impulsos de acuerdo con las exigencias de la

realidad. Si, por el contrario, el Yo es considerado como el agente de la realidad “subjetiva”, esto es, como un sistema de a: defensas, entonces su actividad no puede, fácilmente, igualarse con el principio de adaptación, y las intenciones y los significados inconscientes juegan un rol tan importante como en la represión instigada por el Superyo. Esto es el sentido fundamental que generalmente se le da a la represión, aunque la represión del Yo, en este caso, se ubica tan afuera de la esfera de la Psicología del Yo de Hartmann, como la represión del Superyo.

Esta es una de las razones por las cuales la Psicología del Yo de Hartmann ha focalizado su atención en la función libre de conflictos, en la adaptación a la realidad externa, y en la “reconciliación” con la psicología general. Esto también da cuenta en parte, del porqué su énfasis en el inconsciente no reprimido (umbral sensorio-motriz, la barrera del estímulo, la función sintética, las predisposiciones y capacidades innatas, etc.).

El énfasis en las funciones de control puede también ser visto como requerido por un esquema que depende de la suposición, que la represión está regulada por las presiones de la adaptación. La represión, en el sentido de adaptación, se acerca al significado de control. El control es fácilmente concebido como un requerimiento orgánico. La “maduración”, en el sentido de una capacidad del desarrollo (tal como el sumergimiento gradual del proceso primario en el secundario), puede también ser usada para tomar el lugar de la represión, ya que los procesos maduracionales son naturalmente formulados, en términos físicoorgánicos.

Interpretado y esquematizado en esta forma, el conflicto psíquico y la represión son representados como el choque del impulso somático ciego, con umbrales casi orgánicos, barreras y estructuras trasmisoras.

Los significados e intenciones inconscientes, al filtrarse, aseguran el criterio fisicalístico, de que solamente las fuerzas físicas actuando sobre las estructuras materiales, podrán ponerlas en movimiento. Considerando la descripción de Rapaport (1951, pp. 694f; 1954, pp. 234f) del proceso de contra-catexis (visto desde el punto de vista del desarrollo): los primeros obstáculos a los impulsos son proporcionados por los límites estructurales de descarga, es decir, que los impulsos están obligados a conformarse a las características del sistema de canalización, con sus umbrales sensorio-motriz intrínsecos. El umbral del impulso puede elevarse a niveles superiores por la internalización de la demora impuesta por el mundo externo. Esta reflexión inicial y ese retardo de la energía originariamente móvil del impulso, lo debilita al grado de que parte de él puede quedar “ligado” en las estructuras, por ejemplo, usado para la construcción de obstáculos ulteriores al flujo de energía .instintiva, elevando aún más los niveles de descarga. Como la demora aumenta y la desviación se hace más

elaborada, mayor cantidad de energía queda disponible para ser ligada, produciendo estructuras jerárquicamente estratificadas, que actúan como diques y represas. “La analogía con un río, que en el lugar en que se enlentece construye bancos de arena para entorpecerse aún más, puede ayudarnos a ver lo que la evidencia parece sugerir”.

Así entonces, la energía destilada progresivamente, pierde eventualmente su propósito instintivo original, y como energía neutral puede ahora ser empleada al servicio de un propósito opuesto al original.

Así la meta del impulso instintivo es alterada desde su fin original (satisfacción de necesidad, reducción de tensiones) hacia el mantenimiento de la tensión, con reconocimiento de la realidad y socialización.

Los impulsos impelen y los controles (obstáculos a los impulsos) controlan. La energía como fuerza hidráulica, es una dotación constitucional; los controles son regulados por las leyes de homeostasis y adaptación.

Como Freud decía, en tono de chanza, al referirse a un caso físico similar, cambiando la metáfora hidráulica por una mecánica: “La cosa realmente parecía ser una máquina que, en cualquier momento, iba a salir corriendo por si misma

Su propia referencia era a su “Ensayo” inconcluso, de 1895, el cual, justo con el capítulo VII de “La interpretación de los sueños”, constituyen los precedentes de la “Teoría general del psicoanálisis” de Hartmann y Rapaport.

Con el objeto de: “Dotarnos de una psicología que será una ciencia natural; siendo su meta representar a los procesos psíquicos como estados determinables cuantitativamente, de partículas materiales especificables (las neuronas) . . . sujetas a las leyes generales del movimiento” (Introduction to the Project-Freud, 1950, p. 335).

Erikson (1955, p. 6) presenta su teoría temprana como:

“Conceptos físicos, tales como el principio de inercia y carga y descarga de energía, están combinados con conceptos histológicos para crear un Golem neurótico, en el cual todos aquellos enigmáticos fenómenos subjetivos de placer y dolor, de consciencia, pensamiento y memoria, sean mecánicamente demostrables y explicables sobre la base de un principio general de constancia solipsística interna”.

El destino de la represión, en el esquema, proporciona un punto a considerar. El trabajo se basa en tres partes. Kris (1954, p. 349) establece una cuarta: “La cual tiene que ver con la psicología de la represión, considerada por Freud como el «nódulo del enigma», la que evidentemente nunca fue completada. Mientras trabajó en este problema, las dudas de Freud

aumentaron acerca de la fecundidad de esta línea de investigación que había comenzado en su «Ensayo»”.

Abandonó el trabajo en este punto y envió las tres primeras partes a Fliess y “no le pidió nunca su devolución, ni mostró nunca más interés por él” (ibid. p. 44). La represión, según la concepción dinámica original de Freud, no podría acomodarse a un enfoque físico y totalmente cuantitativo.

Igualmente, el Superyo sólo podía ser tratado en términos dinámicos-estructurales porque él se refiere a una organización de actitudes. Los Superyo son diferentes cualitativamente, es decir, por su tipo, por la presencia o ausencia de ciertas actitudes y patrones de relación.

En contraste con el Yo (o por lo menos con el Yo visto como agente de adaptación), es difícil construir una física del Superyo u organizarlo. No hay un paralelo con el concepto de “control” que nos autoriza para hablar del Yo fuertes o débiles. Los Superyo son llamados rígidos o indulgentes (distinción cualitativa) más que fuertes o débiles (distinción cuantitativa). Es obvio que el Superyo puede ser más o menos estricto, tal como todos los motivos tienen un aspecto cuantitativo y uno cualitativo. Pero el Superyo no se puede caracterizar como fuerte o débil, precisamente porque es esencialmente de un contenido variable, que designa a un tipo de fuerza motivacional.

Por decirlo todavía con otras palabras, como destacamos antes, la operación fundamental de los fisicalistas es la de separar el propósito intencional del impulso motriz para poder crear el concepto de pura fuerza motivacional ³ (la cual entonces, obedece a las leyes generales de movimiento e implica estructuras materiales para contenerla y guarecerla).

Esta operación no puede ser llevada a cabo en el Superyo porque éste es, en si mismo, una colección de propósitos e intenciones.

Zetzel (1956) puntualiza que, a pesar de la importancia del Superyo para un enfoque estructural, él ha sido excluido del sistema.

“La atención que la mayoría de los analistas prestaron a la función y estructura del Superyo, en el primer período del enfoque estructural (Psicología del Yo de Freud) ha sido ahora ensombrecida en forma considerable por el énfasis puesto en el Yo y sus defensas”. (La referencia es aquí a la Psicología del Yo de Hartmann y Rapaport.) Mientras que este último

³ **Nota del traductor:** La palabra “motive” en inglés, designa tanto motriz como motivacional.

(el Yo) se presta fácilmente para su reformulación en términos conceptuales abstractos, relacionados con la concepción original de Freud, acerca del aparato mental, el Superyo se presta menos para su formulación en los mismos términos (conceptuales abstractos). Glover (1947), refiriéndose al mismo problema, establece: “El Superyo es, del principio al fin, un concepto clínico”. Este alto nivel de abstracción es esencial, y hasta define al enfoque cuantitativo.

Las explicaciones en términos de fuerzas y estructuras, destinadas a excluir la referencia a los propósitos y significados inconscientes, resultan inevitablemente abstractas.

Para dar cuenta adecuadamente del *Superyo*, se requiere un enfoque dinámico-estructural, en el que los sistemas psíquicos son formulados como una organización coherente de objetivos y propósitos.

Por eso, Rartmann (con Lowenstein, 1962) en una inusual referencia al Superyo, lo encuentra necesario para introducir algunas nociones dinámicas, pero su principal atención es ver hasta qué punto el Superyo puede ser tratado como un órgano (cuya función es “civilizar”) y como un fenómeno de maduración (con lo que él significa que sólo puede realizarse en una medida limitada, dado su estructura y alcance).

Hartmann y Rapaport se han encerrado dentro del enfoque económico estructural, para construir un sistema conceptual puramente físico, ajeno a conceptos cualitativos.

La monografía original de Hartmann (1939) (que dejó los cimientos para su Psicología del Yo), no contiene discusión alguna acerca del Superyo. Más notablemente aún, Rapaport (1960 a) en “La estructura de la teoría psicoanalítica, un ensayo de sistematización”, su enciclopédico esfuerzo para organizar la teoría analítica, no discute tampoco el Superyo, llegando a excluirlo de la sección correspondiente al enfoque estructural (en el que establece, en una nota al pie de página, que se referirá solamente al Yo, ya que el tratamiento estructural del Superyo es todavía tan “inadecuado”) (ibid., p. 44).

Este olvido del Superyo, es un ejemplo significativo del peligro de usar un modelo cuantitativo para acontecimientos cualitativos.

La Psicología del Yo de Freud, del año veinte, estaba, en parte, inspirada por una nueva apreciación de la culpa inconsciente (como en la reacción terapéutica negativa) y el Superyo, introducido en esa época, era el núcleo principal de sus reformulaciones.

LA POSICION DE LA PSICOLOGIA DEL YO

EN LA CLINICA

El modelo cuantitativo implica una perspectiva clínica propia, seleccionando solamente, como lo hace, aquellas funciones que puedan ser expresadas cuantitativamente.

El peligro existente es que las formulaciones derivadas de este modelo pueden alcanzar amplia divulgación, mientras lleven suposiciones clínicas implícitas, que podrían no tener la misma aceptación si fueran explicitadas.

Zetzel (1956) expone algunas de estas aseveraciones mediante el contraste con la teoría kleniana. Este método resulta provechoso, ya que Klein se ocupa exclusivamente del significado y la fantasía inconscientes, que son justamente, aquellos fenómenos que Hartmann y sus colaboradores, excluyen. Klein considera que la realidad interna es lo primordial, en oposición con la prominencia en la teoría de la psicología del Yo, que le *es* correlativa, de la adaptación a la realidad externa. Donde Klein ve impulsos destructivos innatos, la teoría del Yo enfatiza la agresión como respuesta a la frustración externa. Donde Klein considera que el conflicto se origina en el significado interno de los acontecimientos externos, la teoría del Yo se inclina a ver el conflicto como originado, al menos en la vida temprana, como una oposición entre la necesidad adaptativa de preservación del objeto, y los impulsos internos para destruirlo. Klein cree que la adaptación a la realidad está condicionada *por* el dominio sobre el mundo interno; y, por lo tanto, esta función adaptativa resulta subestimada en su teoría. Todos los conceptos casi-orgánicos, tales como principios del crecimiento, procesos maduracionales y funciones de control, tienen poca pertinencia en su perspectiva. *Por esta razón*, el proceso *de neutralización*, con sus diques y represas en su trabajo de destilación de los impulsos, no tiene sentido para Klein. Desde su punto de vista, toda la actividad tiene consecuencias inconscientes. La energía instintiva se hace disponible para una actividad, cuando tiene *una* simbolización apropiada o una significación en la fantasía.

Hartmann sostiene un punto de vista opuesto, en el cual, el grado de libertad de la acción, depende del grado de autonomía del Yo, es decir, de la medida en la cual la energía se ha liberado de su fuente inconsciente.

El estudio comparativo hecho por Zetzel de las dos teorías, demuestra que el modelo conceptual de la teoría del Yo, enfatiza, selectivamente, ciertas hipótesis clínicas sobre otras. El modo de considerar a la represión y al Superyo, también ilustra esto.

Así es como debiera ser, porque el propósito de un modelo, es para hacer tal selección. Sin embargo, para los más, esta selección no se ha hecho explícita, y en consecuencia, la evidencia clínica no aparece avanzada o desarrollada para sustentar el criterio de la selección hecha, o para indicar los fundamentos de la misma.

Como lo anota Zetzel, las formulaciones de Hartmann y sus colaboradores, están “relativamente divorciadas del contenido significativo”. Ella dramatiza este nivel de abstracción demostrando que la conceptualización de la agresión primitiva de Hartmann, Kris y Loewenstein, puede adaptarse fácilmente al punto de vista de Klein, sobre el mismo fenómeno, a pesar de las divergencias de estos autores con los puntos de vista de Klein.

Lo que viene a continuación, sugiere que el interés determinante de la teoría del Yo contemporáneo, es establecer su modelo físico-orgánico, en la creencia que esto traerá una eventual unión con la neurofisiología por un lado, y por el otro con la psicología general.

Las hipótesis clínicas pueden ser seleccionadas, con más dificultad, sobre fundamentos clínicos, que sobre la base de la analogía con el modelo. Como resultado, el énfasis clínico que surgiera de este modelo, no correspondería necesariamente al énfasis del psicoanálisis clínico. Apoyarse en el énfasis clínico del modelo cuantitativo, hace surgir inevitablemente el peligro de la superficialidad, ya que los conceptos cuantitativos, aplicados a la conducta humana, son principalmente descriptivos. Sirven a la función de lo que Kubie (1947) llama: “taquigrafía verbal, como cuando decimos de una persona, que está más o menos tensa, agresiva, deprimida o enamorada”. Es este tipo de descripción la que Kubie tiene en mente cuando alerta que en el enfoque económico, la descripción sustituye a la explicación.

Este riesgo puede ser fácilmente ilustrado por el uso de tales descripciones, como explicación, en el nivel del sentido común. Por ejemplo, la información de que una persona está más (o menos) enamorada, comunica una descripción importante. Sin embargo, en términos de sentido común, el amor puede también ser tratado como una cantidad, con propósitos de aclaración; como cuando decimos que al niño exigente se le ha dado demasiado amor.

El reconocimiento de que tal descripción oculta patrones cualitativamente complejos, es la contribución del Psicoanálisis. De esta manera, el punto de vista analítico sostendrá que la madre,⁴ de quien se dice que ama demasiado, en realidad ama tan poco como la madre frustradora, aunque se trate de diferentes frustraciones. (Motivada por formaciones reactivas contra los deseos de despojar, hostilidad, y, en otro nivel, por necesidades de poseer, ser

⁴ Nota del traductor: En inglés “parent” designa indistintamente a ambos miembros de la pareja parental.

martirizado, gratificar vicariamente deseos infantiles, etc.) Desde el punto de vista cualitativo, la madre (o el padre) superindulgente, aconsejado a adoptar una actitud menos indulgente, puede solamente responder, sustituyendo ésta por otra forma de privación, quizá de tipo más directo.

En lo que las descripciones cuantitativas resultan más persuasivas es cuando se refieren a la experiencia de alivio de tensión. La persona que se siente menos tensa después de cortar leña, dar puñetazos a una pelota, o correr alrededor de la manzana, puede fácilmente creer que ha expulsado, literalmente, la tensión por gasto directo de energía. Pero fracasa en reconocer que ha logrado este alivio por el status de esos actos, como logros menores, en el enfrentamiento de inhibiciones mayores, y que la tensión tenía el sentido de estar bloqueado, indefenso o pasivo. Considerado así, disminuye el valor de estos actos, como desplazamientos, ya que involucra un estado de alerta de que las inhibiciones más importantes permanecen vigentes.

El sentido común no va más allá —y con esto cumple su propósito— de la noción de que la energía ha sido desplazada. Poco más se entiende trasladando esto a un lenguaje más elegante, como en las formulaciones de que la energía bloqueada en un canal, presiona para descargarse, a través de otro; o que la energía fluye de un modo, u objeto, a otro. Lo que se describe, en términos cuantitativos, es el proceso de ecuaciones simbólicas y equivalencias; si una cosa significa otra, puede ser experimentada como la otra. El proceso cualitativo se refleja en la tarea diaria del aprendizaje de los equivalentes simbólicos del lenguaje del paciente.

Como surge de la discusión de la teoría de Klein, detrás del concepto de neutralización está el supuesto de que la libertad para desplazar energía motora, depende, en la terminología de Rapaport, de “un debilitamiento del propósito instintivo original”.

El “debilitamiento” es el principio cuantitativo. Aunque este principio esté, o no, descrito en forma apropiada, no alude al proceso simbólico que se desplaza subyacentemente. (Bien puede ser que, hasta en el nivel neurofisiológico, los acontecimientos orgánicos pertinentes, puedan tener que ver con el rol de redes neuronales en la mediación de símbolos.)

Al construir relaciones cuantitativas, el punto de vista del sentido común se dirige enteramente a la experiencia consciente, e identifica el efecto como causa. (Como en el concepto de librarse de tensión.) Se invocan también, agentes internos casi-físicos, tales como niveles de energía somática, predisposiciones innatas, presencia o ausencia de

capacidades, retrocesos y avances de maduración, fuerza y debilidad, y sobre todo, el hábito.

Todos ellos son conceptos estáticos, en el sentido de que no requieren ningún fin o propósito para determinar su existencia son fundamentos primarios del punto de vista motivacional. Satisfacen las necesidades del sentido común de explicar la conducta, mientras que evitan el reconocimiento del propósito y el significado inconsciente. Desde que el enfoque económico estructural de la teoría psicoanalítica tiene también el objetivo de evitar propósitos y significados inconscientes, comparte con el enfoque del sentido común estos artificios explicatorios estáticos.

Las groseras deficiencias del enfoque del sentido común muestran las vicisitudes, en un nivel más sofisticado, que son inherentes al marco referencial económico-estructural.

Este acuerdo con el sentido común, indica la forma en que el modelo cuantitativo de pensamiento puede producir formulaciones que se adecúen a una perspectiva no-analítica.

LA PSICOLOGIA DEL YO Y LA PRIMERA TEORIA PSICOANALITICA

La psicología del Yo contemporánea tiene su mayor afinidad con la primera teoría psicoanalítica y con el concepto primitivo de Freud de lo que constituye un modelo “científico” como guía. Como recalca Zetzel, Hartmann y Rapaport “siguiendo totalmente el enfoque freudiano” *del último capítulo* de “La interpretación de los sueños”, están interesados en la reformulación, en términos abstractos, relacionada con el concepto original de Freud, del aparato mental.

Hartmann (1950) reconoce esta asociación, pero sostiene que Freud mismo, nunca se apartó realmente del modelo primitivo:

“En sus comienzos, la Psicología del Yo de Freud fue erróneamente comprendida por muchos, analistas y no-analistas, como una desviación de su idea original sobre el fundamento biológico del análisis. Realmente la oposición se acerca a la verdad; es, en ciertos aspectos, más bien una reconciliación”.

Esta afirmación de congruencia entre las primeras ideas de Freud y Su psicología del Yo, parecen despreciar el hecho de que las formulaciones primeras estaban unidas a las primitivas

perspectivas clínicas. (Las que Erikson llama sus “errores creadores”).)

En el esfuerzo por conservar las formulaciones primitivas, también las concepciones clínicas subyacentes son revividas. Estos conceptos estaban basados en la adaptación a la realidad (autoconservación), y en el Yo realista, en relación con el impulso somático ciego.

El recurrir a la adaptación a la realidad está representado por el principio de Freud (1893) de “Reacción adecuada”, ante los acontecimientos externos, siendo la reacción más adecuada, “una proeza”.

La concepción original del Yo era la de un Yo realista, mediador entre los requerimientos de adaptación y la presión del impulso. Como Waelder (1960, pp. 177f) lo analiza: “En los conceptos originales, el Yo estaba identificado con el consciente o... el preconscious”. El Yo significaba autopreservación, intereses, asuntos morales y estéticos —todos esfuerzos y consideraciones conscientes—. A medida que esto fue dado por supuesto, el psicoanálisis, como la psicología del inconsciente, tuvo realmente poco motivo para dedicarle atención, ya que podía fácilmente suponerse que esto ya resultaba conocido para la psicología del saber popular, o a través de los esfuerzos prefreudianos de la así llamada psicología “académica”; o que sería progresivamente conocida a través de los esfuerzos de la psicología no-analítica.

Luego vino la experiencia con el Yo inconsciente (defensas reprimidas) y el Superyo (culpa inconsciente). Esto trajo como consecuencia al Yo, al foco de interés de Freud, conduciéndolo a su reformulación como estructura defensiva. Como un agente de la realidad subjetiva (más que de la realidad objetiva), y a la Psicología del Yo de Freud.

Con la revisión del concepto del Yo, como agente biológico de control, parecería que la Psicología del Yo de Freud, constituye una separación de sus ideas biológicas iniciales. Aunque, como lo señala Modell (1963). “El intento de Freud, hacia el fin de su vida, de formular leyes cuantitativas, globales, gobernando a las funciones psíquicas, fue un retorno a su primera adhesión al estilo de conceptualización, usado por la escuela de Helmholtz”.

Sin embargo, citar este esfuerzo como representativo de la Psicología del Yo de Freud, parecería establecer un énfasis fuera de lugar. La armonización con las primeras ideas biológicas de Freud, de la cual habla Hartmann, es más *una* consecuencia de su propio trabajo y del de sus colaboradores, con su concentración en conceptos maduracionales innatos y casi-orgánicos. Por ejemplo, la concepción de Rapaport, del desarrollo de controles a partir de resistencias inmotivadas al libre fluir de los impulsos energéticos es referida a “los límites estructurales de descarga”, encuentra su contrapartida más cercana en la primera

formulación biológica de Freud (1895), acerca de los obstáculos al impulso de energía como “la resistencia de la conducción subcortical” (sumas de excitación).

Esta formulación aparece en un trabajo de Freud sobre neurosis “tóxica”, en el cual el conflicto era visto en forma totalmente cuantitativa, como la presión de la excitación somática, combatida por un control consciente o inconsciente.

La primitiva teoría de Freud, incluía conceptos estructurales, pero en términos económicos. Este primer punto de vista, heredado por Rapaport, está lejos del reconocimiento del aspecto dinámico de la estructura psíquica, que constituye el centro de la Psicología del Yo de Freud.

Holt (1963), de quien puede decirse que comparte la posición de Rapaport, ofrece una razón diferente para mantener las formulaciones tempranas de Freud. Reconoce el rechazo de Freud al modelo fisicalístico, pero sugiere que esto no estaba justificado solamente en los fundamentos teóricos, sino que era más el resultado de la necesidad de Freud de consolidar su identidad como psicólogo profundo, poniendo su *pasado* neurológico tras de sí.

Holt está en desacuerdo con Freud, que pensaba que el proyecto “se malogró completamente”, creyendo que, con algunas modificaciones, podría ser reinstalado.

Este interés, de parte de los psicólogos de la teoría del Yo, en recobrar los principios cuantitativos tempranos de Freud, está ilustrado también en el trabajo de Kris (1950), sobre “El significado de los primeros descubrimientos de Freud”. Kris diferencia dos contribuciones distintas hechas por Freud en “Estudios sobre la histeria”: 1) la conexión entre conflicto, defensa (represión) y síntoma; y 2) el principio de constancia.

Nuevamente, en la esfera de los psicólogos del Yo, conflicto y represión dan prioridad a las proposiciones puramente cuantitativas; Kris dedica su trabajo, por entero, al principio de constancia y a los conceptos de energía relacionados con él. El conflicto y la represión no son más mencionados. Sugiere que las formulaciones más significativas de ese período temprano, fueron el principio de constancia y el modelo del flujo de energía. A lo que Erikson llama el “Principio solipsístico de constancia interna” de Freud, que establece esencialmente que la tarea de la psiquis es mantener constante el nivel de excitación, por descarga del exceso de tensión.) Estas formulaciones reúnen el énfasis cuantitativo de la teoría psicoanalítica primitiva, que son un tributo a la formación de Freud, en la fisiología fisicalística de la época. Sin embargo, el principio de constancia y el modelo de fluir de energía, no representan una preferencia puramente teórica; sino que estaban muy unidos a las primeras concepciones

clínicas, a la “cura del hablar” de Breuer, a la catarsis como método terapéutico, y a la abreacción como proceso curativo. Estas concepciones clínicas, suministran al proyecto la noción clave de la descarga neuronal.

La creencia en la efectividad terapéutica de la abreacción se basa en todos los conceptos primitivos de las neurosis, como estados tóxicos, de sumas de excitación y resistencia a su conducción, de estancamiento y descarga, y del alivio logrado por una reacción adecuada.

Jones (1957) hace notar que estas formulaciones de reducción de la tensión, como se ejemplifica en el principio de constancia, “parecen estar de acuerdo con la experiencia de Freud, acerca de la abreacción”. Freud (1894) comentó que la hipótesis de la energía psíquica “sustenta nuestra teoría de la abreacción”. Los psicólogos del Yo, aparentemente, creen que la teoría temprana puede ser sacada de su contexto clínico. Una revisión de este contexto puede ayudar a ilustrar su íntima conexión con la primitiva teoría de Freud.

EL MODELO DE LA ABREACCION

Tanto como en otras concepciones cuantitativas, la noción de “abreacción” está próxima a las nociones del sentido común —descargando presión-sacándose algo del pecho—. En el mundo del sentido común, estas metáforas fisicalísticas tienen el propósito de mantener el carácter aislado (disociado) de estos actos. Como ocurre frecuentemente con las nociones del sentido común, estas metáforas reflejan la experiencia consciente.

La expresión abreactiva conduce en sí a explicaciones físicas: la experiencia de liberación de inhibiciones es sentida como si el alivio, cuando ocurre, hubiera sido obtenido por un acto de descarga de energías previamente reprimidas. El punto de vista dinámico es, por supuesto, mucho más complejo. En el caso del enojo descargado, por ejemplo, la explicación dinámica toma en cuenta el propósito que existe incluido en la acumulación de presión; es decir, la necesidad de recurrir a injusticias o desprecios recibidos, para adquirir una justificación (masoquista). También se refiere a la necesidad de expresar la ira explosiva (para convencerse, a sí mismo y a los demás, de la gravedad de las provocaciones y del carácter poderoso de la rabia) e impulsivamente (reflejando la necesidad de suprimir las defensas que, ordinariamente, suprimen tal expresión).

Este punto de vista analítico explica inmediatamente porque, a menudo, posiblemente

siempre, la abreacción sola falla, conduciendo al colapso postabreactivo, cuando la perspectiva defensiva se reafirma.

Este efecto residual no se toma en cuenta en la explicación del sentido común, considerando el efecto posterior o lateral, como un hecho aislado o como un acontecimiento somático. Puede ser inclusive, que los actos abreactivos ni siquiera provoquen el alivio inicial.

La anulación impulsiva de las defensas (pérdida de Control) puede, en la mayoría de los casos, encontrarse con ansiedad inmediata y culpa. El punto de vista del sentido común, encara solamente las situaciones en que el alivio se produce. Quizás para que las nociones del sentido común puedan sobrevivir, deban ignorar las instancias negativas. El enfoque cuantitativo pasa por alto el hecho de que una abreacción exitosa depende fundamentalmente de la experiencia de una respuesta favorable del objeto. En la situación terapéutica, el hecho de la transferencia o de la relación, es el agente crucial. En una discusión acerca del “Mecanismo curativo de la abreacción”, Bibring (1954) destaca que la abreacción “cuando se encuentra con la simpatía, provoca el sentimiento gratificante de ser «aceptado» y «entendido», de compartir responsabilidades, y de ese modo, ofrece reaseguramiento”. Agrega que el acto abreactivo puede también gratificar ciertas necesidades narcisísticas.

Cuando la abreacción no se encuentra con simpatía, la descarga puede no traer alivio. Esto es, de alguna manera, super simplificación, ya que una respuesta desfavorable, si está distorsionada o adecuadamente racionalizada, o si se da en el contexto especial de una fantasía acerca de la relación, puede también traer alivio. De todas maneras, es claro que el fenómeno de des-carga, aunque importante en la experiencia consciente de alivio, tiene poco que ver con la génesis del alivio. Las formulaciones cuantitativas, limitando su penetración a un nivel descriptivo, se centran en el fenómeno de descarga, y así están inclinadas a pasar por alto los agentes efectivos que subyacen a la abreacción.

Aunque ahora se piensa en la abreacción, como requiriéndose solamente la voluntad de estar ahí con él, mientras el paciente descarga sus sentimientos reprimidos, en el método catártico, practicado por Breuer y Freud, eran requeridas exhortaciones pacientes e intensas y apoyo para obtenerlo. Breuer (Breuer y Freud, pp. 35-37) da un ejemplo de la naturaleza exhaustiva del método: para liberar la sordera histérica de Anna O., se requirió la investigación de 303 ocasiones, detalladas separadamente, en las cuales este síntoma aparecía, involucrando personas y circunstancias, a menudo con fechas (en siete categorías de acontecimientos). Y este era solamente un síntoma entre su “parálisis tónica” y anestias, desórdenes visuales y auditivos de todo tipo, neuralgias, tos, temblores, etc. Entre los

desórdenes visuales solamente, Breuer registró siete, cada uno de los cuales tuvo que ser considerado por separado.

Otra indicación de lo que se exigía del terapeuta, surge de una nota de Breuer, donde dice: “Los hechos que ella describía eran tan faltos de interés y significación, y se contaban con tantos detalles, que no cabía dudas de que no habían sido inventados”. Freud (ibid., p. 265) comenta que el proceso es laborioso y lento, y que no se imaginaba usando el método catártico con un paciente que no fuera capaz de ganar su simpatía.

El método exigía un impulso vigoroso y el mantenimiento del interés, para focalizar y recordar las minucias de las experiencias del paciente, ya que a menudo era en el pequeño detalle desapercibido de una experiencia, donde radicaba, aparentemente, el origen de un síntoma, y desconocerlo significaba comprometer seriamente, o más aún, hacer fracasar totalmente el efecto terapéutico. El terapeuta no podía descorazonarse ante la tendencia del paciente que, una vez estimulado por el método, producía más y más recuerdos con detalles pesados. A pesar del claro reconocimiento de la necesidad de mantener un nivel alto de rapport terapéutico, el énfasis teórico sobre la descarga de energía era tal, que no daba lugar a los efectos de este rapport.

Invocar el retorno de tales teorías y trabajar en el presente con formulaciones derivadas del modelo de contención y des-carga, es implícitamente perpetuar los conceptos clínicos predinámicos. Aun en ese entonces, Freud (ibid., p. 264) reconoció la naturaleza limitada y provisional de sus concepciones, señalando que “vemos la más poderosa razón para deplorar nuestra carencia de una terapia, etiológicamente efectiva, pero no dejamos, también, de apreciar, por eso, el valor del procedimiento catártico, como terapia sintomática”.

Con el surgimiento de la Psicología del Yo de Freud, en los años veinte, la catarsis y el punto de vista cuantitativo, dejan su *lugar* para el énfasis sobre el papel de las defensas del Yo. Como lo indica Bibring (1937): “En la teoría de los mecanismos de defensa y resistencia, no hay ya más lugar para la catarsis”. Sin embargo, el método catártico continuó en el período intercurrente del “análisis del Ello”, como también puntualiza Bibring:

“En general se puede decir que, siempre que en la teoría de] proceso de cura, el acento principal está en el análisis o cambio del Ello, hay una tendencia a considerar la irrupción de los instintos, en el sentido de abreacción, como el proceso terapéutico esencial”.

La meta sigue siendo todavía la reducción de un montante de excitación. La continuación de las nociones catárticas es un vestigio del análisis del Ello, con su énfasis en la descarga, en sí misma, en la liberación de afectos contenidos. En la perspectiva del

“análisis del Yo”, es menos probable que esta actividad sea vista como signo de profundización analítica; siendo más bien considerada como una función defensiva (acting-out) para evitar la investigación de los sentimientos, expresados en forma tan explosiva. Fenichel (1941, pp. 11-99) sugiere que el miedo a la intelectualización, que era parte de la perspectiva del análisis del Ello, lleva a “una valoración de las irrupciones emocionales”, recalcando que estas abreacciones permiten derivativos que “se desvanecen como humo”. Indica que cuando el primer objetivo de “hacer consciente lo inconsciente” se reformuló, transformándose en la “fórmula dinámica” de “abolir resistencias”, la abreacción cedió lugar prominente a la elaboración...

Es entonces que Fenichel (ibid., pp. 22-100) asegura que, en las discusiones teóricas, hay una relación inversa entre el interés en la abreacción y en la elaboración, de tal manera que los “admiradores de la abreacción” correspondientemente desprecian la necesidad de la elaboración. Esto es una ilustración complementaria de que el concepto de abreacción, como proceso curativo, es enemigo de los principios del análisis del Yo (es decir, psicología clínica del Yo).

Pese a eso, las derivaciones del modelo de abreacción pueden ser particularmente tenaces, ya que sirven tanto al deseo de cuantificar “para darnos un sentimiento de madurez científica”, como lo señala Kubie (1959), como también para suministrar un dispositivo o aparato aislante; ejemplo, el terapeuta que teje, puede tranquilamente sentir que su actividad sirve para usar la “energía extra” que las consideraciones técnicas no permiten usar directamente en el lenguaje (negando entonces, el significado que tal actividad tiene, como síntoma contratransferencial).

Este ejemplo ofrece también una ilustración menor de la confusión conceptual, que puede crear la noción de descarga:

se torna más difícil de ver, que el silencio puede ser una forma de descarga, tanto como lo es el lenguaje.

FATIGA

Otros tipos corrientes de conceptos cuantitativos tienen relación con los efectos de la fatiga. Nuevamente, el punto de vista popular, refleja la experiencia consciente: la creciente libertad (o menor control) sobre la acción, el pensamiento, o los sentimientos, que a veces acompaña a la fatiga, es considerada como causada por un agotamiento de la energía; por

ejemplo, “estar demasiado cansado para preocuparse”. Otra vez, esta ecuación, aparentemente evidente en sí misma, omite el lado cualitativo, en este caso, los múltiples significados simbólicos de la fatiga. El agotamiento puede dar lugar a sentirse despojado o mal tratado; puede surgir el sentimiento de ser acreedor a algo. Tales sentimientos pueden manejarse, entonces, para justificar demandas que, de otra manera, serían inaceptables, planteándolas como un derecho, una recompensa o, al menos, como una compensación. En la primitiva teoría psicoanalítica, la aparición frecuente de la fatiga, debida al cuidado de un enfermo, en la etiología de los síntomas histéricos, se consideraba como evidencia de los desequilibrios de energía. Breuer (1895, p. 219) comenta que “en la anamnesis de la histeria encontramos con bastante frecuencia a los dos grandes factores patogénicos: el estar enamorada y cuidando a un enfermo”.

Freud también fue impactado por la frecuencia, en sus casos clínicos, del factor de haber estado cuidando a un miembro enfermo de la familia; creyendo entonces, que el agotamiento debilita el dominio de la consciencia primaria, permitiendo a las debilidades del dominio de la consciencia primaria, permitiendo a las acciones. En el caso de Elizabeth von R., enfatiza la naturaleza fatigante de su trabajo y la ocupación constante (falta de tiempo para la elaboración). Ahora resulta más claro que, como en este caso, el cuidado de un padre, puede enfrentarse con el penoso esfuerzo de renunciamiento de deseos infantiles, y también que la autoridad que se ha vuelto débil y exigente, puede estimular la descarga de impulsos sádicos. Las defensas contra estos impulsos pueden estar debilitadas por las privaciones que demanda el trabajo de enfermera, y consecuentemente, aumentar el sentido de reconocimiento (como por el drenaje de la energía suministrada a las defensas por un esfuerzo físico inusual).

Sin embargo, Freud describe vividamente los conflictos de la paciente entre su amor por un joven (mientras cuidaba a su padre) y por el marido de su hermana, como asimismo, describe el síntoma (astasia-abasia) como una expresión somática de su sentimiento subsecuente de desamparo.

Así, el concepto de conflicto y represión están claramente diseñados, pero Freud (ibid., p. 160) admite, a este respecto, en el conocido pasaje en el que lamenta la forma literaria de sus historias clínicas, que en ese entonces les faltaba a estos conceptos “el sello serio de la ciencia

Erikson (1956) se refiere a esto como al “conflicto entre la urgencia creativa de decir, en términos psicológicos, lo que sólo la literatura había conocido antes que él, y por otra parte, su desesperada obediencia a la fisiología”. En ese entonces, Freud ejecutó una acción de sostén de la fisiología, al suplementar a sus conceptos de conflicto y represión, con la idea de

que la causa inmediata para el fracaso parcial de la represión, era un empobrecimiento literal de la energía sobre las defensas, como se producía durante el cuidado de un enfermo, lo que desarreglaba la relación cuantitativa entre las estructuras psíquicas.

De esta manera, el punto de vista cuantitativo podía ser mantenido paralelamente junto con el enfoque cualitativo.

IMPLICACIONES TERAPEUTICAS

Resumiendo, se presenta una perspectiva conjunta de las primeras formulaciones meta-teóricas: las del sentido común Y las de la teoría contemporánea del Yo. El rasgo crucial de esta perspectiva es la exclusión del significado y propósito inconscientes, en el establecimiento de un marco cuantitativo. En el nivel del sentido común, esto sirve a los propósitos de aislamiento; en la primera teoría psicoanalítica y en la reciente teoría del Yo, representa el deseo de evitar el peligro del “Purposivism”, construyendo una teoría en términos de una cierta imagen de la física y la neurofisiología.

La explicación en estos términos, apela solamente a la noción de energía psíquica (fuerza motriz) pensada como separada del propósito motivacional, requerido por las estructuras (para restituir la función de intención en forma “organizada”).

La explicación de este tipo está más cerca de la descripción, y los patrones cualitativos son tratados como si fueran dimensiones (cuantitativas) continuamente variables. La “adaptación a la realidad” es necesariamente prominente, ya que los procesos simbólicos internos están excluidos, y por lo tanto, al principio de adaptación se le pide que provea la razón última y la influencia directriz (en sustitución del propósito).

Esto conduce a enfatizar el control realístico, hecho por un Yo de adaptación. La represión, en el sentido de conflicto inconsciente entre propósitos motivacionales, está representada solamente en forma limitada. En su lugar se enfatiza el control sobre los impulsos mal adaptados, realizado por un Yo de adaptación.

En un sentido, esta perspectiva crea, o es creada, por una “filosofía cuantitativa”, en la cual la acción, pensada como des-carga, es vista como placentera, en sí misma. (Como en la primitiva concepción de la acción adecuada y la interpretación cuantitativa del desplazamiento y la abreacción.)

Como contraste, el control ejercido sobre la acción, puede ser visto como “sin motivación”. Si las estructuras de control están debilitadas, como en casos de fatiga (cuidado

de un enfermo), sobreviene la descarga. El acento está en la renunciación (demora), como *una* necesidad del desarrollo. Este punto de vista refleja el ángulo del sentido común y de la experiencia consciente en lo relacionado con la descarga inmediata, como tentación placentera y correlativamente, ¡a prohibición y la inhibición como logros.

Las representaciones simplificadas del impulso y del control son rasgos característicos del enfoque cuantitativo. Esto aparecería en forma más clara (y perceptible), si Hartmann y Rapaport usaran más frecuentemente ejemplos clínicos. En lugar de ellos, usan analogías y metáforas visuales físicas orgánicas, en las cuales, conceptos cualitativos fijos, son dados por supuestos. La descripción de Rapaport de la contracatexis, en términos de un río, construyendo bancos de arena (citado antes), es un ejemplo de esto. En esta analogía, el impulso (como el fluir del agua) y el control (los bancos de arena obstaculizadores) existen de manera cualitativamente independientes, uno del otro, así como también, de las metas y propósitos inmediatos. Las cualidades esenciales del agua y de la arena son fijas y siempre autónomas entre sí; aunque están en una cierta relación inevitable, el uno no puede alterar la calidad del otro. La arena puede solamente, contener y desviar al río; nunca facilitar su fluir. Trasladado a términos clínicos, esto significa que cuando el control se relaja (debilidad, derrumbe, desmoronamiento), la descarga es inevitable.

Un caso a propósito es suministrado por un ejemplo clínico, usado por Rapaport como evidencia del concepto de Hartmann de autonomía secundaria [discutido en extenso, en mi trabajo anterior (Apfelbaum, 1962)¹]. El sugiere que, ya que el altruismo, como motivación, permanece después de un análisis exitoso, a pesar de su origen de formaciones reactivas contra el sadismo, esto podría ser tomado como significando que el altruismo se ha vuelto autónomo. Lo que Rapaport no toma en cuenta, es que la principal dirección de una formación reactiva (ya sea altruismo, como una defensa contra el sadismo, o a la inversa) está basada en las identificaciones que proporcionan el estilo defensivo (el Yo es “el precipitado de catexias objetales”).

Lo que parece formación de hábitos, o autonomía secundaria, es realmente la operación de las identificaciones básicas, las cuales determinan por sí mismas el tipo de formación reactiva. Si esto pasa desapercibido, la influencia persistente de tales identificaciones, después que la necesidad de la formación reactiva ha pasado, puede parecer inmotivada (o motivada solamente por gratificaciones autosustentadas), y en consecuencia, una adquisición del hábito o autónoma.

Resulta más importante, para nuestro propósito presente, la aseveración de Rapaport, de que si el altruismo no se hubiera vuelto un hábito, el impulso sádico sería más fuerte después

que la defensa contra él hubiera sido analizada exitosamente. Esta afirmación ilustra lo desorientador que resulta la consideración aislada de los conceptos de defensa y de impulso, fundada en un enfoque estructural cuantitativo.

El enfoque dinámico no estaría limitado por estas concepciones, cualitativamente fijas, de defensa e impulso. La respuesta a la pregunta de porqué la disolución analítica de las defensas no conduce a la manifestación de impulsos infantiles, sería que los impulsos retienen su carácter infantil como consecuencia de haber sido evitados. Cuando el impulso es admitido nuevamente, se adapta al nivel global de ajuste (Fenichel, 1937, 1941). Kubie (1947), en su crítica al enfoque económico, comenta la tendencia de las formulaciones cuantitativas, a aislar las estructuras psíquicas: “La introducción del principio estructural, en 1920, efectuó profundos cambios en ciertos aspectos de la teoría psicoanalítica. «El principio económico», sin embargo, fue trasladado de las formulaciones preestructurales a las postestructurales surgiendo como consecuencia que los conceptos del Ello, Yo y Superyo, son a menudo usados como si fueran entidades autónomas, sujetas a fluctuaciones cuantitativas, independientes una de las otras”.

La discusión de Gill (1951) acerca de “La psicología del Yo y psicoterapia”, hace explícitas las implicaciones terapéuticas de este enfoque. El afirma que “la de decisión más importante es, acerca de si las defensas del Yo deben ser reforzadas o echadas abajo”, agregando que: “Si existe relativamente poca regresión y la adaptación a la realidad es suficientemente buena, todo lo que se necesita es reforzar las defensas. Si hay mucha regresión y está comprometida la capacidad de enfrentar la realidad, la remoción de las defensas puede abrumar a la parte sana del Yo, con los impulsos liberados del Ello”.

Las concepciones de defensa e impulso, contenidas en estas proposiciones, coinciden con las de Rapaport, y deben ser contrastadas con el punto de vista de que la transformación del impulso patológico es parte del proceso de la eliminación analítica de la defensa. Bibring (1937) lo expuso con mayor énfasis, al postular que los instintos tienen un curso de desarrollo biológico que, de ser interferido, *crea una “tensión de desarrollo”*. Cuando la interferencia (defensa) es eliminada, los instintos están liberados para reanudar su desarrollo progresivo. En otras palabras, al evitar los impulsos patológicos, las defensas también detienen el desarrollo y bloquean “la experiencia de gratificación, que ahora se hizo posible (como consecuencia de la eliminación analítica de las defensas) y que contribuye sobre todo, a la final eliminación del estancamiento patogénico de la energía instintiva” (Fenichel, 1937). Este punto de vista clínico, está cerrado para los teóricos fisicalistas, porque la energía no

puede “evolucionar”. La metáfora de la energía descansa sobre el concepto de impulsión pura, mientras que “la tensión del desarrollo” se refiere a la impulsión, dirigida por metas que le son inherentes. Rapaport (1940, pp. 224f) expone el caso, desde el punto de vista fisicalista, al afirmar que los principios del crecimiento (tales como los de Bibring) sólo describen el comportamiento, en términos teleológicos, ofreciendo una descripción, en donde se requiere una explicación. El crecimiento terapéutico puede todavía ser explicado, como la vuelta del Yo a niveles previos del desarrollo, hasta donde había regresado. Así Gill dice que: “En los casos fronterizos, con una marcada regresión, no es posible reforzar las defensas del Yo, con el propósito de restaurar un ajuste previamente satisfactorio, porque nunca lo hubo”.

Gill habla desde el punto de vista del esquema fisicalista, en el cual el “crecimiento” en la terapia, es realmente, el restablecimiento de un nivel previo de adaptación y, por eso, no es tanto “crecimiento” como “recuperación”.

Las proposiciones de Gill, resulten válidas o no, en oposición a las expuestas por Bibring y Fenichel, expresan claramente una posición, desde la perspectiva teórica de la psicología del Yo, que las hace parecer inevitables.

Estas proposiciones indican la orientación que los psicólogos del Yo probablemente tomen, cuando consideran el material clínico; relacionando el problema cuantitativo con la fuerza del Yo y con el impulso como presión permanente de excitación somática, que puede inundar al Yo débil, si éste se encuentra adicionalmente debilitado. La concepción básica es la de un Yo de realidad, luchando contra impulsos de desadaptación. Se afirma que todo el potencial adaptativo radica en el Yo. Esto corresponde al punto de vista original de Freud, acerca del Yo como un agente de autopreservación. Sin embargo, cuando el Yo es visto como un sistema de defensas, en relación con la realidad subjetiva, está tan implicado en el fracaso de la adaptación, como lo están el Ello y el Superyo. Este reconocimiento es una parte esencial de la reformulación de Freud acerca del Yo. Mas aun, las fuerzas adaptativas pueden operar en las tres estructuras psíquicas, en el Ello (como sugiere el principio de Bibring) y en el Superyo (como el agente del compromiso mayor), tanto como en el Yo.

Es concebible que la “adaptación” tomará eventualmente el camino de la “autopreservación”, siendo ésta tratada como una consecuencia del funcionamiento del organismo en su totalidad, y sin un significado especial para la teoría psicoanalítica.

Freud (1926, p. 97) comenta que: “El Yo es idéntico al Ello, simplemente una parte especialmente diferenciada de él. Si pensamos en esta parte, en sí misma y como contradicción con la totalidad, o si un clivaje real ha ocurrido entre ambos, la debilidad del Yo se hace aparente. Pero si el Yo permanece soldado con el Ello e indistinguible de él,

entonces manifiesta su fuerza”.

Agrega que, “en muchas situaciones, los dos están fundidos, y que como regla, podemos solamente distinguir uno del otro, cuando hay un estado de tensión o conflicto entre ellos”. Así en el estado ideal en el cual los impulsos ya no son más de tipo infantil, donde ya no se crea una tensión de desarrollo, el Yo y el Ello se unirían. La idea de control, tan prominente en la psicología del Yo contemporáneo, sería entonces difícil de aplicar. Significa esta fusión, ¿un control más fuerte, o la falta de necesidad de control? En cualquiera de los casos, dentro del esquema cuantitativo, la energía no puede fundirse con las estructuras, sobre las que influye. Los conceptos cualitativos fijos pueden ser fuente de origen del relativo pesimismo expresado en las proposiciones de Gill. Zetzel (1956) expresa esta posibilidad, al considerar las implicaciones terapéuticas de la Psicología del Yo de Hartmann y col.: “El concepto de funciones autónomas del Yo, funcionando relativamente divorciadas del significado inconsciente y posiblemente surgiendo de causas innatas, es probable que conduzca a un relativo escepticismo, acerca de las posibilidades de efectuar mayores cambios en la estructura del carácter”.

Volviendo al debate del panel, sobre la energía psíquica, lo precedente es un intento de mostrar que el interés sobre los peligros creados por el uso del modelo cuantitativo, no es, ni una defensa acerca de modelos o metáforas, ni la falta de deseos de correr el riesgo de formular hipótesis incorrectas. Trato también de mostrar que el principio de causaciones múltiples, no puede apoyarse en la combinación de enfoques incompatibles; en este caso, de los enfoques económico y dinámico. Puede también mostrar que la especulación cuantitativa en un nivel metafórico, puede ser suficientemente abstracto como para ocultar su falta de congruencia con la teoría clínica. Como indica Waelder (1960, p. 185): “Todos los analistas de la psicología del Yo, que parten de los últimos trabajos de Freud, incluyendo las innovaciones hechas por Anna Freud, todavía caen en la consideración del análisis, como una psicología del inconsciente por ejemplo, se manejan con los aspectos inconscientes solamente y dejan otros problemas, tales como los de aprendizaje, percepción, pensamiento, a otras ramas de la psicología. Esto ha cambiado con el trabajo de Hartman”.

Aquí Waelder se refiere al interés de Hartmann en las capacidades innatas y en el área libre de conflictos. En estos problemas, Hartmann está más cerca del saber popular y del psicoanálisis primitivo, y en el nivel clínico, paradójicamente, más cerca del “análisis del Ello” que del “análisis del Yo”. Así, la “nueva” comprensión del Yo inconsciente y del Superyo, que constituye la Psicología del Yo de Freud, tiene poco que ver con la teoría de la Psicología del Yo contemporánea de Hartmann y col. Esto no quiere decir que los factores cuantitativos no

existan, sino más bien, sugerir que la predilección por un modelo cuantitativo de pensamiento, expresa una filosofía implícita, quizás tanto en el nivel clínico como en el conceptual.

El uso del modelo cuantitativo para acontecimientos cualitativos, limita tanto el ámbito como la profundidad de la explicación. La represión, el conflicto y la defensa, no pueden ser representadas en forma adecuada y el centro de interés se vuelve externo.

Empero, la tarea de la traducción cuantitativa de los hechos es llevada a cabo, únicamente en nombre de la objetividad y en la creencia de que ofrece simplemente un punto de vista más científico de las concepciones clínicas y una formulación, en un lenguaje más elegante, de los puntos de vista psicoanalíticos.

Traducido por **Vida M. de Prego y Marcelo Viñar.**

BIBLIOGRAFIA

- APFELBAUM, B. (1962).— Some problems in contemporary ego psychology. "J. Amer. Psychoanal. Assoc.", 10.
- BERNFELD, S. (1944).— Freud's earliest theories and the school of Helmholtz. "Psychoanal. Quart.", 13.
- BIBRING, E. (1937).— The theory of the therapeutic results of psychoanalysis "Int. J. Psycho-Anal.", 18.
- (1954).— Psychoanalysis and the dynamic psychoterapies. "J. Amer. Psychoanal. Assoc.", 2.
- BREUER, J. and FREUD, S. (1895).— "Studies and Hysteria". S. E., 2.
- ERIKSON, E. H. (1955).— Freud's: The Origins of Psycho-Analysis. "Int. J. Psycho-Anal.", 36.
- (1956).— The first psychoanalyst". In: Freud and the Twentieth Century ed. E. Nelson. (New York: Meridian Press, 1957.)
- FENICHEL, O. (1937).— The theory of the therapeutic results of pschoanalysis. "Int. J. Psycho-Anal.", 18.
- (1.941).— "Problems of Psychoanalytic Technique". (New York: anal. Quarterly.)
- FREUD, S. (1893).— "On the psychical mechanism of hysterical phenomena". S.E., 3.
- (1894).— "The neuro-psychoses of defence". S. E., 3.
- (1895).— "On the grounds for detaching a particular syndrome from neurasthenia under the description «anxiety neurosis»". S. E., .3.
- (1926).— "Inhibitions, symptoms and anxiety". S. E., 20.
- (1950).— "The Origins of Psycho-Analysis". (London: Imago; New York: Basic Books, 1954.)

- GILL, M. M. (1951).— Ego psychology and psychotherapy. "Psychoanal. Quart.", 20.
 -----(1963).— Topography and Systems in Psychoanalytic Theory. "Psychological Issues",
 Monogr., 10.
- GLOVER, E. (1947).— Basic mental concepts: their clinical and theoretical value.
 "Psychoanal. Quart.", 16.
- HARTMANN, H. (1939).— "Ego Psychology and the problems of adaptation (New York:
 Int. Univ. Press, 1.958.)
 -----(1950).— Comments un the psychoanalytic theory of tie ego. "Psychoanal.", Study
 Child, 5.
- HARTMANN, H. and LOEWENSTEIN, R. M. (1962).— Notes on the use superego.
 "Psychoanal.", Study Child. 17.
- HOLT, R. R. (1963).— "Two influences on Freud's scientific thought fragment of
 intellectual biography". In: The Study of Lives ed. R. W. White. (New York: Prentice-
 Hall.)
- JONES, E. (1957).— "The Life and Work of Sigmund Freud", Vol. III. (New York: Basic
 Books.)
- KRIS, E. (1950).— The significance of Freud's earliest discoveries. "Int. .J. Psycho-Anal.",
 31.
 -----(1954).— "Introduction and Notes to The Origins of Pscho-Analysis ((Freud, 1950).
- KUBIE, L. S. (1947).— The fallacious use of quantitative concepts in dynamic psychology.
 "Psychoanal. Quart.", 16.
 ----- (1959).— Discussion of A critical analysis of some aspects of the libido theory: the
 concepts of libidinal zones, aims, and modes of gratification by T. S. Szasz. "Ann .N. Y
 .Acad. Sci.", 76.
- MODELL, A. H. (1963).— Report of Panel Discussion on The concept of psychic energy. "J.
 Amer.Psychoanal.Assoc", 11.

RAPAPORT, D. (1951).— “Organization” and Pathology of Thought. (New York: Columbia Univ. Press.)

-----(1954).— “The conceptual model of psychoanalysis”.In: Psychoanalytic Psychiatry and Psychology. Ed. R. P Knight and C. R Friedman. (New York: Int. Univ. Press.)

-----(1960 a).— The Structure of Psychoanalytic. Theory a Systematizing Attempt. “Psychol. Issues”, Monogr. 6.

(1960 b).— “On the psychoanalytic theory of motivations. In: Nebraska Symposium on Motivation, ed. M. R. Joes. (Lincoln: Univ. of Nebraska Press.)

WAELDER, R. (1960).— “Basic theory of Pschoanalysis. (New York: Int. Univ. Press.)

ZETZEL, E. R. (1956).— An approach to the relation between concept and content in Psychoanalytic theory (with special reference to the work of Melanie Klein and her followers). “Psychoanal.”, Study Child. 11.

Principio de placer
y principio de realidad ¹

PAUL RICOEUR

(FRANCIA)

“Más allá del principio del placer. . .”, esto, en 1920, quiere decir: introducir la pulsión de muerte en la teoría de las pulsiones. Y sin embargo, hubo siempre, en la doctrina de Freud, un más allá del principio del placer, el cual no cesó de llamarse principio de realidad. Es, pues, imposible apreciar el alcance de la revolución impuesta por la pulsión de muerte a la teoría de las pulsiones, sin haber ubicado previamente la polaridad inicial, la del placer y la realidad.

Ahora bien, el concepto de realidad, en Freud, es menos simple de lo que parece. Se puede esquematizar su desarrollo de la manera siguiente:

1) En el punto de partida, los dos principios del “funcionamiento psíquico”, para hablar como un importante pequeño artículo de 1911, corresponden aproximadamente a lo que hemos llamado “proceso primario” y “proceso secundario”; hemos expuesto más arriba el sentido de estas expresiones y nos limitaremos a transcribir este análisis en los términos de la oposición que aquí nos interesa. Es pues de entrada en un contexto clínico —el de la teoría de la neurosis y del sueño—, donde este primer concepto ha sido elaborado; los escritos metapsicológicos de 1914-1917 consagran una primera ampliación del concepto de realidad, dándole un sentido económico, homogéneo con el que la primera tópica confiere, por otra parte, a las nociones de inconsciente, preconsciente y consciente; la realidad será, a “grosso modo”, el correlato de la función de conciencia. Pasando así de un sentido descriptivo y clínico a uno sistemático y económico, habremos transcrito en un nuevo registro, pero no lo habremos verdaderamente transformado, al concepto inicial.

2) Un segundo enriquecimiento del principio de realidad debe buscarse por el lado de la investigación de la relación objetal; permanecemos todavía a nivel, no sólo de la primera

¹ Capítulo 1º de la tercera, parte del libro, II de: “De l’interprétation, essai sur Freud”. Aux Editions du Seuil, Paris, 1965

teoría de las pulsiones (oposición de las pulsiones sexuales y de las del Yo), sino también de la primera tópica (representación del aparato psíquico como una serie de zonas: inconsciente, preconsciente, consciente).

3) Una transformación más decisiva de la noción de realidad está ligada a las dos formas más importantes de la teoría que hemos considerado en los capítulos anteriores: la introducción del narcisismo por una parte; el pasaje a la segunda tópica, por la otra. Por razones diferentes, pero convergentes, estas dos reformas se traducen por una dramatización creciente de la oposición entre principio de placer y principio de realidad:

lo real no es ya solamente lo contrario de la alucinación, es la dura necesidad, tal como se la descubre más allá del abandono de la posición del narcisismo, y más allá de los fracasos, de las decepciones y de los conflictos, que culminan en la época del Edipo. La realidad se denomina entonces necesidad y, a veces ya, Ananké.

La gran “remitologización” de la teoría de las pulsiones, que consideraremos en el capítulo siguiente y que simbolizan Eros y la muerte, no dejará de repercutir sobre este proceso de dramatización; abandonaremos en este umbral la noción freudiana de realidad, para reencontrarla al cabo de nuestro estudio sobre la muerte. Hablaremos, pues, dos veces del principio de realidad: antes y después de la pulsión de muerte. El pasaje de una representación “científica” del aparato psíquico a una interpretación más “romántica” del juego del amor y de la muerte, no podrá menos que afectar el sentido mismo que toma la noción de realidad en el freudismo: antes de la pulsión de muerte, la realidad es un concepto regulador de igual rango que el principio del placer; y por esto se llama también “principio”; después de la pulsión de muerte, la noción de realidad se carga de un sentido que la lleva al nivel de las fuerzas casi míticas que se dividen el dominio del mundo: esta transfiguración estará simbolizada por el término de Ananké, que recuerda a la vez el destino de la tragedia griega, la naturaleza en la filosofía del Renacimiento y en Spinoza, y el eterno retorno de Nietzsche. En suma, lo que era al comienzo sólo un principio de “regulación psíquica” se transformará en la clave de una sabiduría posible.

I.— PRINCIPIO DE REALIDAD Y “PROCESO SECUNDARIO”

Es indudable que las notaciones de Freud sobre la realidad tienen un punto de partida clínico; el pequeño ensayo de 1911, “Formulaciones sobre los dos principios del suceder

psíquico”,² lo recuerda desde las primeras líneas: como en Pierre Janet “la función de lo real” es lo que ha perdido el neurótico; o, para marcar inmediatamente la diferencia entre Freud y Janet, es de lo que se ha separado el neurótico, porque la realidad le es insoportable. Ningún sentido filosófico particular es atribuido inicialmente a este concepto de realidad; la realidad no está en cuestión, se la supone conocida; el hombre normal y el psiquiatra son su medida; es el medio físico y social de adaptación.

Sin embargo, desde este nivel elemental, importa sorprenderse del carácter poco homogéneo de la oposición placer-realidad. Para volverla homogénea, hay que admitir desde el comienzo que el principio de placer interfiere con la realidad a título de fuente de fantasmas; la psicosis alucinatoria aguda o amencia de Meynert dio el esquema inicial;³ Freud lo extendió a todas las neurosis: “en efecto —plantea Freud— todo neurótico hace otro tanto con cierto fragmento de la realidad”.⁴ Esta extensión a la neurosis de un esquema inicialmente destinado a la interpretación de la psicosis, se basa en tesis antigua, que hemos expuesto a su tiempo, según la cual la satisfacción del deseo, en la neurosis y en el sueño, obedece a un modelo alucinatorio. Es a partir de este núcleo inicial que se puede proponer legítimamente “examinar en cuanto a su desarrollo, la relación del neurótico y de la humanidad en general con la realidad, y así incorporar a la estructura de nuestras teorías la significación psicológica del mundo exterior real”.⁵

Esta asimilación del principio de placer a la función cuasi alucinatoria del deseo es la base del proceso que Freud, en la época del “Proyecto”⁶ y del capítulo VII de “La interpretación de los sueños”, denomino “proceso primario”; permite, en contrapartida, aproximar el principio de realidad con el proceso secundario. Es esta doble asimilación que sirve de hilo conductor en el ensayo de 1911, no sin que emerja una punta hacia temas que van mucho más lejos, y que sólo se comprenden en relación con la segunda tópica.

² “Formulierung über die zwei Principien des psychischen Geschehens” (1911), G. W. VIII, p. 230-228. “Formulations on the two principles of mental functioning”, S. E. XII p. 218-226; C.P IV, p.13-21. Cf. Jones o.c II, p. 332-5

³ Se encuentra la primera formulación de los dos principios en la carta 105 a Fliess: “La última generalización se sostiene y parece querer progresar infinitamente. No es solamente el sueño una realización de deseo, sino también para todos los hechos neuróticos, lo que ya había reconocido en la locura aguda. Realidad, realización de un deseo, tal es el par contrastante de donde emana nuestro psiquismo...” “La Naissance de la Psychanalyse”, p. 246. Cf. Jones o.c I, p. 396.

⁴ G. W. VIII, p. 230; S. E. XII, p. 219.

⁵ Ibid.

⁶ Se refiere al “Proyecto de una psicología científica”, publicada en español por L. Rosenthal, en B. Aires. 1956 (obr. cpl., T. XXI). (Nota del traductor.)

La relación entre proceso primario y proceso secundario no es una relación simple; revela, entre el principio de placer y el de realidad, dos clases de relaciones. Por un lado, el principio de realidad no es verdaderamente el opuesto del de placer, sino un rodeo o un alargamiento del camino de la satisfacción; el aparato psíquico, en efecto, no ha funcionado jamás según el esquema simple del proceso primario; en el límite, el principio de placer, considerado en estado puro, es una ficción didáctica; el principio de realidad, correlativamente, designa el juego normal de un aparato psíquico regido por los procesos secundarios. Pero, por otro lado, el principio de placer extiende su reinado bajo toda especie de disfraces; es el que anima toda la existencia fantásmica, considerada en sus formas normales y patológicas, desde el sueño hasta las ilusiones de la religión, pasando por los ideales; así considerado en sus formas disfrazadas, el principio de placer parece ser insuperable; desde este momento, el principio de realidad designa un régimen de existencia difícil de alcanzar.

Que el principio de placer, tomado absolutamente, sea una ficción siempre superada, de ello hemos dado sus múltiples razones en nuestro estudio del “Proyecto”: ante todo las pulsiones internas rompen siempre el equilibrio y vuelven imposible la descarga integral de las tensiones; el aparato se aparta así del régimen energético más simple, representado por el principio de constancia. Luego, la prueba de satisfacción misma pone en juego, inevitablemente, a la ayuda de otro, a la relación objetal y, por consiguiente, a todo el circuito de la realidad. Se recuerda este texto sorprendente del “Proyecto”: “El organismo humano en sus estadios precoces es incapaz de provocar esta acción específica que sólo puede efectuarse con una ayuda exterior, y en el momento en que rápidamente se dirige la atención de una persona sobre el estado del niño... La vía de descarga adquiere así una función secundaria de una extrema importancia: la de la comprensión mutua. La impotencia original del ser humano se convierte así en la fuente primera de todos —los motivos morales”.⁷ En fin, el displacer es, según otra fórmula del “Proyecto”, “la única medida educativa”:⁸ es el que da al propio principio de realidad un sentido hedonista, y lo coloca en la prolongación del principio de placer. A decir verdad, la satisfacción alucinatoria es un “impasse” biológico; conduce infaltablemente al fracaso; he aquí porqué la institución del principio de realidad es una exigencia del principio de placer.

⁷ “La Naissance de la Psychanalyse”, p.336.

⁸ Ibid, p. 381.

Si el principio de realidad coincide pues con el proceso secundario, todo el psiquismo humano lo obedece, en tanto que -escapa a la alucinación.

La tercera parte del “Proyecto” da un esquema del proceso secundario así entendido; a través de él, el principio de realidad es mantenido dentro de los límites de lo que podría llamarse un hedonismo calculado o razonable; ahora bien, este esquema del proceso secundario no será ya más profundamente modificado. Son conocidos sus principales temas: prueba cualitativa de la realidad (para la que el “Proyecto” afectaba un grupo especial de “neuronas”), discriminación entre la alucinación y la percepción, exploración atenta de los nuevos estímulos; identificación de los nuevos con los antiguos por intermedio del juicio (según un esquema vecino al juicio de percepción en Kant); pasaje de la realidad observada a la realidad pensada, sobre las bases de las huellas mnémicas de la palabra oída; dominio motor, muscular, sobre la realidad; aprendizaje del plazo de descarga en vista de la ideación, etc. El capítulo VII de “La interpretación de los sueños” no agrega nada a este análisis esquemático del proceso secundario; hemos podido incluso decir que, por razones de estructura referentes a la intención de esta última obra, el “Proyecto” va más lejos que “La interpretación de los sueños”.

Estos son los temas principales del “Proyecto” que el artículo de 1911 retorna, en el primero de sus ocho párrafos consagrados al principio de realidad.⁹ La atención está allí igualmente concebida como adaptación anticipada; la memoria, como integración de las notaciones del pasado; el juicio, como comparación e identificación entre cualidades nuevas y huellas mnémicas; el dominio motor, como ligazón tónica de la energía; en fin, la inhibición motriz o pensamiento conserva el mismo rol; se puede incluso decir que el texto del “Proyecto” sigue siendo, desde todo punto de vista, el más explícito.

El análisis del principio de realidad se volvería trunco si nos quedáramos en esta concepción del proceso secundario, cuyo opuesto es una construcción teórica. Pero “La interpretación de los sueños” mostraba ya en sentido inverso, porqué el principio de placer es insuperable. El aparato psíquico, se recuerda, estaba representado a la manera de un aparato físico, que podía funcionar en un sentido progresivo o regresivo; este esquema, desconcertante en muchos respectos, sugiere por lo menos la idea de un psiquismo que trabaja a contramano, porque se resiste a la substitución del principio de placer por el de realidad. El principio de placer ya no designa solamente a un estado ficticio anterior, sino el movimiento inverso del aparato, lo que el capítulo VII llamaba regresión tópica o tendencia

⁹ G W. VIII, p. 230-1; S. E. XII, p. 219-21.

del aparato psíquico a restaurar la forma primitiva de satisfacción alucinatoria del deseo; es así que Freud podía definir al “Wunsch”, que nosotros traducimos aproximadamente por deseo, como aquella tendencia a restaurar la forma alucinatoria de satisfacción: “Desde que se manifiesta de nuevo la necesidad, se desencadenará, gracias a la relación establecida entre la excitación y la imagen mnémica de la satisfacción, un movimiento psíquico que reinvestirá la imagen mnémica de esta percepción y provocará otra vez la percepción misma, es decir, reconstituirá la situación de la primera satisfacción; a este movimiento lo llamamos deseo (Wunsch); la reaparición de la percepción es el cumplimiento del deseo (Wunscherfüllung), y la completa investidura de la percepción por la excitación de la necesidad es el camino más corto hacia el cumplimiento del deseo. Nada nos impide suponer un estado primitivo del aparato psíquico, en el cual este trayecto es recorrido efectivamente, y en el cual el deseo se desarrolla según un modo alucinatorio. Esta primera actividad psíquica tiende pues a una identidad de percepción, es decir, a la repetición de la percepción que se demuestra ligada a la calma de la necesidad”.¹⁰ Este camino de satisfacción, el más corto, está sin duda cerrado, pero es el que seguimos de una manera figurada, sustitutiva, en todos los registros de lo fantásmico; síntomas neuróticos, sueños nocturnos y diurnos son los testimonios de esta supremacía del principio de placer y la prueba de su poderío.¹¹

Desde este segundo punto de vista, en el que el principio de placer representa una función efectiva, el principio de realidad expresa más la dirección de una tarea que la descripción de un funcionamiento ordinario. La prosecución del análisis no dejará de acentuar la dificultad de esta tarea, el principio de placer es el menos costoso; el principio de realidad implica la renuncia al cortocircuito del deseo y la alucinación.

Es esta relación dramática la que el segundo párrafo del artículo de 1911 resume en algunas palabras: “Existe una tendencia general de nuestro aparato psíquico que podemos reducir al principio económico del ahorro de gasto; parece expresarse en la tenacidad con la que quedamos fijados a las fuentes de placer de que disponemos y en la dificultad con que renunciamos a ellas. Con la introducción del principio de realidad, una modalidad de actividad pensante se ha escindido (wurde eme Art Dankbarkeit abgespalten); liberada de la prueba de la realidad, ha quedado subordinada exclusivamente al principio de placer. Esta actividad consiste en la producción de fantasmas (Phantasieren) que comienza ya con el

¹⁰ G. W. II-III, p.571; S. E. V, p.565-6; tr. fr., 463-4.

¹¹ G. W. VIII, p. 234; S. E. XII, p. 222.

juego infantil y que, proseguida más tarde, **se continúa bajo la forma de sueño despierto**, y abandona toda sumisión a los objetos reales”.¹² Hay que resituar tras de estas breves anotaciones todo lo que el capítulo VII de “La interpretación de los sueños” dice de la indestructibilidad de los más viejos deseos, de la impotencia del hombre para pasar de un régimen fantásmico a un régimen de realidad; en suma, todo lo que hace del psiquismo humano una Cosa, y que justifica el recurso a una tópica. Sí, la vía de la realidad es la más difícil. Muchas alusiones, en el “Proyecto” y en el presente ensayo, permiten afirmar que sólo el pensamiento entregado al trabajo científico accede a ella. Tal es, desde el proyecto de 1895 hasta el artículo de 1911, la concepción del doble funcionamiento del aparato psíquico. Freud no la modificará profundamente, no le hará más que agregados. Los “Ensayos de metapsicología” se limitan a hacerle una transcripción tópica y económica, que la armoniza con la primera representación del aparato psíquico a la que hemos llamado primera tópica.

Es así que la oposición entre principio de placer y principio de realidad es integrada, en el “Ensayo sobre lo inconsciente”, a las grandes oposiciones entre “sistemas” (Ics., Pcs., Cs.); esta transcripción merece detenernos, ya que permite por primera vez poner en relación el principio de realidad con el sistema llamado Cs. y definir la realidad como correlato de la conciencia.

Es en el párrafo consagrado a las particularidades del sistema les que se encuentra esta transcripción “sistémica”;¹³ el principio de placer-displacer es colocado del mismo lado que la ausencia de contradicción (de negación, de duda, de grados en la certeza), que la movilidad de las investiduras,¹⁴ y que la ausencia de relación con el tiempo; a la inversa, el principio de realidad es ubicado del mismo lado que la negación y la contradicción, que la ligazón tónica de las energías, que la relación temporal.

Es sin duda en el “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños”,¹⁵ de 1916, donde esta correlación -entre el sistema Cs. y el principio de realidad recibe la formulación más exacta de toda la obra teórica de Freud.

¹² G. W. VIII, p. 234; S. E. XII, p. 222.

¹³ “En resumen: **ausencia de contradicción, proceso primario** (movilidad de las investiduras), intemporalidad y sustitución de la realidad exterior por la realidad psíquica, tales son los caracteres que podemos encontrar en los procesos dependientes del sistema Ics”. G. W. X, p. 286; S. E. XI V, p. 187; tr. fr., en “Méitapsychologie”, p. 131.

¹⁴ Dudé si poner si poner investidura o investimento. Este término es más “económico”, aquél, más “dramático”. Probablemente sea más fiel: “investimento”. (Nota del traductor.)

¹⁵ “Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre”, G. W. X. p. 412-26.,

Corrigiendo al capítulo VII de “La interpretación de los sueños”, Freud acorda que la regresión tópica —es decir, la disolución del pensamiento de deseo en las imágenes mnemónicas emergidas de la experiencia anterior de satisfacción, y la reviviscencia de estas imágenes— no basta para dar cuenta del sentimiento de realidad que se une a la alucinación; se requiere, además, la abolición de la función discriminativa del juicio de percepción; se requiere, pues, vincular esta función discriminativa con una institución psíquica particular, con una “organización (Einrichtung) que nos permita distinguir una tal percepción de deseo de una satisfacción real (von einer realen Erfüllung) y evitarla en lo sucesivo”.¹⁶ Lo que es así¹⁷ abolido, Freud lo denomina “la prueba de la realidad” (Realitätsprüfung, Testing of reality).¹⁸

Ahora bien, la investigación de esta función nos lleva a decir que es el mismo “sistema” el que regula el “devenir-consciente” y “la prueba de la realidad”; la doble constitución de un interior y de un exterior depende de una única función, manifiestamente ligada a la acción muscular, la única capaz de hacer aparecer o desaparecer el objeto. Es por esto que se puede hablar de un único sistema Cs.-Pcs., dotado de un investimento propio, de una carga capaz de resistir a la invasión libidinal. La prueba de la realidad es así solidaria del sistema Cs. y de su investimento propio. Y Freud dice: “Consideramos la prueba de la realidad como una de las grandes **instituciones** (Institutionen) **del Yo**, junto con las **censuras** que hemos aprendido a reconocer entre los sistemas psíquicos...”.¹⁹ Estas censuras, que acompañan a la prueba de la realidad, son las que protegen a los sistemas Pcs. y Cs. contra los investimentos libidinales; son las que ceden en las psicosis de deseo, sea por “separación” (Abwendung) y “retirada” (Entziehung) de lo real, sea por “renuncia voluntaria”, como en la entrada al sueño. La huida narcisística en el sueño equivale así a una pérdida del investimento propio del sistema Cs.²⁰

Toda regresión tópica, característica de la pérdida de la función de lo real, supone pues una alteración del propio sistema Cs. Pero Freud confiesa, sin dificultad, que la teoría tópica-económica del sistema Cs.-Pcs. queda por hacerse. Aquí todavía, la doctrina fija más el encuadre de una investigación que lo que da en resultados. Todo lo que hemos dicho más

“A Metapsychological Supplement to the Theory of Dreams”, S. E. XIV. p. 222-35; C. P. IV, p. 137-51; tr. fr “Complément métapsychologiques à la doctrine des rêves”, en “Métapsychologie, p. 162-88.

¹⁶ G. W. IV. X, p. 422; S. E. XIV, p. 231; tr. fr., p. 181.

¹⁷ En la regresión. (Nota del traductor.)

¹⁸ Ibid.²

¹⁹ G. W. X, p. 424; S. E. XIV, p. 233; tr. fr., p. 184.

²⁰ G. W. X, p. 425; S. E. XIV, p. 234; tr. fr., p. 185-86.

arriba de la conciencia como “superficie” del aparato psíquico (en la línea del capítulo II “el Yo y el Ello”) se replantea con esta investigación del sistema Cs.-Pcs., que es la contrapartida, lo sabemos ahora, de todo estudio del principio de realidad; cuando Freud dice que el sistema Pcs. es el núcleo del Yo”,²¹ enuncia, de hecho, el principio de realidad. Así podemos ahora levantar la gran función de “la exterioridad”, frente a las demandas del mundo interior, tanto ético como pulsional; más tarde, cuando hayamos introducido al Superyo en la confrontación con la realidad, podremos decir con “el Yo y el Ello”:

“Mientras que el Yo es esencialmente el representante (Repräsentant) del mundo exterior, de la realidad, el Superyo se yergue en contraste con él, como el mandatario (Anwalt) del mundo interior, del Ello. Los conflictos entre el Yo y el Ideal reflejarán, en última instancia, como estamos desde ahora preparados para reconocerlo, el contraste entre lo que es real y lo que es psíquico, entre el mundo exterior y el mundo interior”.²²

II.— PRINCIPIO DE REALIDAD Y “ELECCION DE OBJETO”

El principio de placer es la vía corta y fácil; todo lo que es regresivo lleva a él. El principio de realidad es la vía larga y difícil; no va sin renuncia y sin duelo de los objetos arcaicos.

Este esquema simple se ha enriquecido, sin ser fundamentalmente alterado, con todos los análisis de lo que hemos muchas veces denominado historia del deseo. Esta “cronología” esquemática del deseo va a hacer surgir relaciones nuevas entre el principio de placer y el de realidad.

Al limitar, en su primera teoría de la libido, la investigación de las pulsiones al dominio de las pulsiones sexuales, provisoriamente opuestas a las del Yo, Freud ha delimitado el campo de elección para la historia del conflicto entre los dos principios de funcionamiento;

²¹ En el mismo sentido, “Duelo y melancolía”: “Con la censura y la prueba de realidad, situaremos (la conciencia) entre las grandes instituciones del Yo”. G. W. X, p. 433; S. E. XIV p. 247; tr. fr., p. 199.

²² G. W. XIII, p. 264; S. E. XIX, p. 36; tr. fr., p. 191.

en efecto, el reemplazo del principio de placer por el de realidad no se hace de una sola vez, ni simultáneamente en todo el frente de las pulsiones: el dominio de la libido es por excelencia aquel en el que el cambio de régimen es difícil de adquirir. Si la libido persiste mucho más tiempo que cualquier otra pulsión bajo el régimen del principio de placer, es porque el autoerotismo primitivo le permite escapar durante largo tiempo a la prueba de la frustración y, por consiguiente, a la educación por el displacer, y porque el periodo de latencia aplaza hasta la pubertad este enfrentamiento con lo real. La sexualidad es así el asiento del arcaísmo, mientras que las pulsiones del Yo se las tienen que ver inmediatamente con las resistencias de lo real.²³ Es principalmente en la región de lo fantásmico donde el principio de placer prolonga su reinado; es aquí donde la estructura del Wunsch se mantiene por más tiempo, quizá incluso indefinidamente. Hemos subrayado a menudo esta especificidad de la semántica del deseo sexual; a diferencia del hambre o mismo de la defensa del Yo, la sexualidad da para imaginar y para hablar, pero según un modo derreal; la semántica del deseo es aquí una semántica del delirio. Por esta razón, el principio de realidad aparece como el fruto de una batalla que se continúa, no sólo en las subestructuras del deseo, sino también en las arborescencias de lo fantástico, en el plano de lo que los “Ensayos de metapsicología” llaman los “brotes” de la pulsión, en todos los registros de la representación, de la afectividad, de las expresiones verbales del deseo.

Esta historia del deseo, sede de la batalla entre fantasmas y realidad, Freud trató de jalarla con su teoría de los “estadios” de la libido; al aproximarla así por una parte, con lo que él designa en el Ensayo de 1911 la “descomposición del principio de placer por medio del de realidad”,²⁴ y por la otra, con la teoría de los estadios, establece una conexión interesante entre el principio de realidad y la “elección de objeto”, tema central de la historia de la libido.

Esta conexión es más precisa y más iluminadora que la que hemos establecido más arriba entre el principio de realidad y proceso secundario.

El punto de partida se encuentra en la anotación capital de los “Tres ensayos sobre la sexualidad”, de que la pulsión tiene un “fin” determinado, pero “objetos” variados. Es esta errancia original del deseo lo que vuelve duradero al reinado del principio de placer. Puesto que el vínculo con el objeto no ha sido dado, debe ser adquirido; este es el problema que la

²³ “Formulations concernant les deux principes..”. G. W. VIII. p. 234; S. E. XII.
p. 222.

doctrina analítica designa con el término de “Objekt-wahl”, “elección de objeto”; constituye el tema central de la teoría de los estados libidinales.

Reubicado en esta perspectiva precisa, el principio de realidad coincide con la instalación del estadio genital y’ más precisamente aún, con la subordinación del amor objetal a la procreación. Sobre este punto, Freud no ha variado nunca; hace corresponder al principio de realidad con una organización intrapsíquica determinada: “la organización y la supeditación de las tendencias parciales a la función de procreación”. A esta afirmación reiterada de los “Tres ensayos”²⁵ corresponde otra similar del artículo de 1911: “Mientras que el Yo prosigue su transformación de un **Yo de placer** en un **Yo de realidad**, las pulsiones sexuales atraviesan los cambios que las conducen a través de las variadas fases intermedias del autoerotismo primitivo hasta el amor objetal al servicio de la procreación...”²⁶

Así, la realidad reside en la relación con el otro, no sólo con otro cuerpo como fuente exterior de placer, sino también con otro deseo, y finalmente con el destino de la especie. En el registro de la libido sexual, son la reciprocidad de una relación con un partenaire complementario y similar, y la sumisión del individuo a la especie, las que dan el criterio de la supremacía del principio de realidad. El aporte fundamental del psicoanálisis a este respecto, es haber demostrado que esta conquista de la organización más compleja, es difícil y precaria, no por accidente del condicionamiento social, sino por una necesidad estructural; es lo que opone a Freud con todos los culturalistas preocupados de reducir las dificultades de vivir a las circunstancias del ambiente social actual; para Freud, las posiciones sucesivas de la sexualidad son tenaces y difíciles de “abandonar”; de modo que el camino de la realidad está jalonado de objetos perdidos;²⁷ el primero, el seno materno; el propio auto-erotismo está parcialmente ligado a este objeto perdido. He aquí porque la “elección de objeto” tiene a la vez un carácter prospectivo y nostálgico: “El hecho de encontrar un objeto sexual no es en suma más que una manera de reencontrarlo”.²⁸ Para la libido, el futuro está hacia atrás, en la “felicidad perdida”.²⁹

²⁴ Die Ablösung des Lustprinzips durch das Realitätsprinzip. (Ibid.)

²⁵ G. W. V, p. 99, 109, 139; S. E. VII, p. 1999 (1915), 207 (1905), 207 (1905); tr. fr., p. 111, 128, 175.

²⁶ G. W. VIII, p. 237; S. E. XIII, p. 224.

²⁷ G. W. V, p. 123 y sig. (die Objektfindung); S. E. VII, p. 222 y sig.; tr. fr., p. 151 y sig.

²⁸ Ibid.

²⁹ Ibid.

Le sucedió muy a menudo a Freud decir que la elección de objeto carece, si me atrevo a afirmarlo, de elección; por una especie de fatalidad interior, se hará sobre el modelo del cuerpo propio o sobre el del ser que en otra época prodigó sus cuidados: será narcisística o anaclítica.³⁰

Esta interpretación dramática de la historia del deseo alcanza su punto crítico con el complejo de Edipo; éste concierne a nuestra investigación presente en razón de la proliferación fantásmica que suscita; la crisis edípica, en efecto, no está localizada en el tiempo; se prolonga en fantasmas incestuosos cuyos testimonios son el sueño y la neurosis. Se sabe con qué insistencia Freud afirma el núcleo incestuoso de la neurosis: es acá donde, dice, el psicoanálisis se sostiene o fracasa; pero el drama edípico es esencialmente fantásmico; es un drama representado y soñado; nada más serio, ya que procede de una demanda imposible del deseo; el deseo quiso de entrada lo imposible (lo que la doctrina expresa bajo formas que han asombrado y escandalizado: el varón quiere tener un hijo de la madre, y la niña del padre); porque ha querido lo imposible, el deseo fue necesariamente decepcionado y herido; desde entonces, el camino de la realidad está jalonado no sólo de objetos perdidos, sino también de objetos prohibidos y rehusados. Se ha hablado bastante de la importancia de estos abandonos, de estas renunciaciones, para la constitución del Superyo, hay que señalar ahora su incidencia sobre el principio de realidad.

En el artículo de 1911, Freud opone el Yo de realidad al Yo de placer (Lustich);³¹ si el deseo (Wunsch) es el motivo central del Yo de realidad: “De la misma manera que el Yo de placer no puede hacer otra cosa que desear (wünschen)... el Yo de realidad no puede tender sino hacia lo que es útil, y protegerse de los perjuicios”.³² Freud se queda aquí en un terreno bien conocido. Sobre la significación de lo útil se desarrollan los primeros diálogos socráticos. La crítica kantiana no debe ocultar la significación positiva de esta reflexión sobre lo útil; Freud, precisamente, restituye a lo útil su índice de realidad, al oponerle a lo engañoso del Wunsch. Esta oposición retorna, a un nivel de complejidad más elaborado, a la que hemos encontrado antes entre proceso primario y secundario: por un lado, lo útil es la verdad de lo agradable; es lo agradable verdadero en sustitución de lo agradable soñado; el principio de realidad es, en este sentido, la salvaguarda del principio de placer: “En efecto, la sustitución del principio de placer por el de realidad no marca ningún destronamiento (Absetzung) de

³⁰ Ibid. Nota agregada en 1915 (nota 67 de la tr fr., p. 217. Freud armoniza así su texto con los descubrimientos del ensayo sobre “el narcisismo”, segunda parte, donde han sido distinguidos los dos “métodos” —anaclítico y narcisístico— para “encontrar no objeto”.

³¹ G. W. VIII, p. 235; S. E. XII, p. 223.

³² Ibid.

aquél, sino sólo su salvaguarda (Sicherheit)".³³ Por otro lado el Yo de placer tiene tantas vueltas, tantas ramificaciones inconscientes, que el respeto de lo útil, por modesta que sea su ambición a los ojos de la ética, tiene ya el papel de una disciplina.

El valor correctivo de lo útil se hace manifiesto cuando se considera que el deseo es promotor de ilusiones y fuente infinita de fantasmas: el deseo mistifica; el principio de realidad es el deseo demistificado; el abandono de los objetos arcaicos se expresa ahora en el ejercicio de la sospecha, en el movimiento de la desilusión, en la muerte de los ídolos.

Aquí la historia "etnográfica" del deseo se corresponde con y enriquece a la historia "psicológica" del deseo; se corresponde en la medida en que se puede hacer coincidir una historia ejemplar de la creencia con una historia de los estadios de la libido; se recuerda en qué términos Freud lo intentó en "Totem y Tabú":³⁴ al estadio autoerótico correspondería la omnipotencia del pensamiento, característica del preanimismo y de las técnicas de la magia; a la elección del objeto, el abandono de la omnipotencia del pensamiento en beneficio de los demonios, de los espíritus y de los dioses; al estadio genital de la libido, el reconocimiento de la omnipotencia de la naturaleza. Pero esta historia "etnográfica" del deseo, por fantástica que sea, no se corresponde sólo con la de los "estadios" de la organización de la libido, sino que le agrega un tema esencial, el de la omnipotencia. Es el núcleo "religioso" del principio del placer; hay un "mal infinito" en el deseo; el principio de realidad—incluso bajo el enunciado aparentemente filisteo del principio de lo útil— expresa fundamentalmente la pérdida del "mal infinito", la reconversión del deseo a lo finito.

Por esta razón, "Totem y Tabú" podía decir que el abandono de la omnipotencia del deseo en provecho de la de los dioses, expresa ya la primera victoria del principio de realidad. Desde este punto de vista, el mito da una expresión fantástica a esta sustitución, o, como dice el artículo de 1911 en el párrafo IV, "una proyección mítica de esta revolución psíquica".³⁵ Se podría decir, en términos paradójales que, para Freud, la religión marca la victoria del principio de realidad sobre el de placer, pero de un modo mítico; por ello es a la vez la imagen suprema del cumplimiento del deseo.

Para Freud el analista y el "cientista"—no vuelvo sobre la dificultad de discernir lo que es "prejuicio" personal de Freud, de lo que es adquirido del psicoanálisis, en esta crítica de la religión—, sólo la ciencia satisface enteramente el principio de realidad y asegura el triunfo de lo útil sobre lo agradable del Yo de realidad sobre el Yo de placer. Sólo la ciencia triunfa

³³ Ibid.

³⁴ Cf. Más arriba en la p. 232 y sig.

³⁵ G. W. VIII, p. 236; S. E. XII, p.223.

sobre las figuras sustitutivas, cada vez más retorcidas y sublimadas, bajo las cuales el Yo de placer prosigue su sueño de omnipotencia y de inmortalidad.

El principio de realidad triunfa, pues, cuando el adulto es capaz de renunciar no sólo a los objetos arcaicos perdidos, de tipo narcisístico o anaclítico, no sólo a los objetos prohibidos, de tipo incestuoso, sino también a los objetos míticos, mediante los cuales el deseo persigue la satisfacción según el modo sustitutivo de la compensación o del consuelo. Se podría decir que el principio de realidad simboliza el acceso a la utilidad verdadera, por el largo rodeo del “duelo” de los objetos perdidos, prohibidos y consolantes.

Que el “cientismo” de Freud haya reducido su visión de la realidad al hecho comprobable, que la crítica de los ídolos le haya ocultado otras dimensiones de la realidad, yo no lo discuto aquí; esta estrechez del freudismo me importa menos, en este estadio de la reflexión, que el rol que le asigna al duelo del objeto arcaico y de sus rebotes; es, en efecto, esta pérdida, esta renuncia, y toda la poda de lo fantástico que entraña, lo que hace virar el tema de la realidad hacia el de la necesidad.

Otros aspectos de la teoría, y todo su desarrollo ulterior, estrecharían esta alianza entre realidad y necesidad.

III.— EL PRINCIPIO DE REALIDAD Y LA TAREA ECONOMICA DEL YO

La conexión que hemos establecido entre la instancia del Yo y el principio de realidad, nos abre un último campo de exploración: si la realidad es la contrapartida del Yo, en el sentido tópico de la palabra, todo lo que concierne a la tarea económica del Yo” concierne también al principio de realidad.

¿Arriesgamos entonces esfumar el concepto de realidad extendiéndolo imprudentemente? No, si conservamos como hilo conductor a la discriminación entre “lo interior” y “lo exterior” a toda complejidad nueva del “mundo interior” corresponde entonces, correlativamente, una tarea nueva para el Yo, en tanto que representante del mundo exterior.

Ahora bien, Freud ha enriquecido de dos maneras diferentes a este mundo de la interioridad; una, la reestructuración de la teoría de las pulsiones, es decir, la introducción del narcisismo; otra, el pasaje de la primera a la segunda tópica (Yo, Ello, Superyo). Por estos dos lados, Freud avanzó más en las profundidades abismales de la interioridad; al mismo tiempo dramatizó aún más la relación con la realidad.

El narcisismo concierne de manera directa a la relación con la realidad, en tanto que la atención a sí es desatención al otro. En el lenguaje de la metapsicología, esta indisponibilidad para el otro se expresa así: el narcisismo es el “reservorio” de la libido. Según esta economía del narcisismo, todo investimento objetal es una especie de colocación afectiva provisoria: nuestros amores y nuestros odios son las figuras revocables del amor extraído del fondo indiferenciado del narcisismo; como las ondas del mar, estas figuras pueden borrarse sin que el fondo se altere; como se recuerda, es gracias a este incesante retorno al fondo libidinal “egoísta” que la sublimación misma es posible; gracias a él, podemos abandonar los fines y transformar a las elecciones de objeto dejadas en “modificaciones del Yo”; gracias a él, por consiguiente, nuestras identificaciones sucesivas forman un “precipitado” que se puede asimilar a un narcisismo secundario en razón de las relaciones económicas entre identificación, sublimación, desexualización y narcisismo.

Así se ahonda una interioridad cada vez más rica y más articulada: la contrapartida de este refuerzo indirecto del narcisismo es, seguramente, una ineptitud para desprendernos de nosotros mismos en la consideración del mundo. Accedemos aquí a un análisis cautivante de Freud que tomamos del pequeño ensayo: “Una dificultad del psicoanálisis”;³⁶ ya el narcisismo era un obstáculo para los descubrimientos de Copérnico, porque nos despojaban de la ilusión de ocupar el centro del mundo; también se opuso a las teorías evolucionistas de Darwin, quien nos resurmerge en el inmenso flujo de la vida; es el narcisismo, en fin, el que resiste al psicoanálisis, porque éste sacude el primado y la soberanía de la conciencia. Un nuevo aspecto del conflicto entre principio de placer y principio de realidad se descubre:³⁷ el narcisismo se interpone entre la realidad y nosotros; la verdad es siempre una humillación para nuestro narcisismo.

Estas notas sobre el poder del narcisismo de resistir a la verdad, son singularmente

³⁶ “Eine Schwierigkeit der Psychoanalyse” (1917). (G. W. XII, p. 3-12; S. E. XVII, p. 137-44; tr fr. en “Essais de Psychanalyse appliquée”, p. 173-81.

³⁷ En el lenguaje que será el nuestro en la “Dialectique” (cap. II): es el **falso cogito** el que se interpone entre la realidad y nosotros; obtura nuestra relación con el mundo, impide dejar ser la realidad tal como es: Si hay como yo creo, un cogito fundamental, es preciso primero abandonar la posición de este cogito-pantalla, de esta cogito-resistencia, a fin de acceder aquel que sólo funda en tanto que deja ser.

reforzadas por todo lo que sabemos de este mundo interior al que hemos denominado Superyo (tanto más cuanto el concepto de narcisismo secundario aproxima el Superyo al mundo interior primordial o narcisismo primario).

Freud ha tratado explícitamente las relaciones del Superyo con la realidad; sin embargo, nos induce a explorar esta vía cuando atestigua, en “El Yo y el Ello”, que “el Superyo está siempre próximo al Ello y puede operar como su representante frente al Yo: se sumerge más profundamente en el Ello y, por esta razón, está más alejado de la conciencia que lo que está ‘el Yo’”;³⁸ las últimas páginas de este ensayo, consagradas a las “relaciones de dependencia del Yo”, son una primera contribución a esta investigación y anuncian lo que una escuela postfreudiana llamará “el análisis del Yo” (Ego-Analysis). Los análisis sucintos de Freud comienzan por un recuerdo de las funciones desde entonces clásicas: orden temporal, prueba de la realidad, inhibición y regulación motrices; pero estas funciones son consideradas de ahí en adelante desde el punto de vista de la **fuerza** y de la **debilidad del Yo**. Es tentador considerar ahora a la realidad como el correlato, no sólo del Yo, sino de la fuerza del Yo; la realidad es lo que está enfrentado a un Yo fuerte. Hacemos así justicia a lo que nos ha parecido constituir a problemática específica del Yo, a saber, la problemática de la dominación y de la esclavitud, como en la “Ética” de Spinoza.

Ahora bien, la fuerza del Yo, en oposición de la ilusoria omnipotencia” de que habla “Totem y Tabú”, consiste esencialmente en su posición conciliatoria o diplomática. Esta tarea de mediación entre el Ello y el Superyo, entre el Ello y la realidad, y entre la libido y la pulsión de muerte, “lo expone a volverse sicofante, oportunista y mentiroso, como un político que ve la verdad, pero aspira a conservar su plaza en la estima pública”.³⁹ Mas esta tentación es propia de un ser de frontera, más mediador que árbitro, que debe hacerse amar por el Ello para plegarlo al orden del mundo, cortejar los amores de su amo, como un valet de comedia, para atemperarlos. Si no, recaería bajo los golpes del Superyo y sería de nuevo la presa de las pulsiones de muerte, so pretexto de dominar la libido.

Está propuesto un nuevo sentido del principio de realidad, más conjeturado que expresamente formulado: yo lo llamaría el principio de “prudencia”, en un sentido completamente aristotélico; se opone al falso idealismo del Superyo, a sus exigencias destructivas y, en general, a todas las hinchazones de lo sublime y a la mala fe de la buena conciencia.

³⁸ “El Yo y el Ello”. G. W. XIII, . 278; S. E. XIX, p. 48-9; tr. Fr. P.206

³⁹ Ibid. G. W. XIII, p. 286-7; S. E. XIX, p. 57; tr. fr., p. 215.

Este principio de “prudencia”, en el que yo vería con gusto la avanzada del principio de realidad, es (bien considerado todo) la ética misma del psicoanálisis. En el propio texto que acabamos de comentar, Freud relaciona expresamente la tarea económica del Yo con la del analista: “En verdad el Yo se comporta como el médico en el curso del tratamiento analítico: se ofrece él mismo, **con la atención que presta al mundo** real (somos nosotros los que subrayamos), como un objeto libidinal para el Ello y trata de atraer sobre sí la libido del Ello”.⁴⁰ En el mismo sentido, al final de “Malestar...”, después de haber negado que las demandas excesivas del Superyo puedan efectivamente cambiar al Yo, Freud agrega: “También estamos muy a menudo obligados, con una finalidad terapéutica, a combatir al Superyo, y nos esforzamos en bajar sus pretensiones”.⁴¹

Esta aproximación entre la tarea económica del Yo y la tarea del psicoanálisis es instructiva. Se puede decir que el psicoanalista representa, para el paciente, al principio de realidad en carne y en acto. Ahora bien, lo representa en la medida en que no juzga y no prescribe éticamente: esta abstención con respecto a toda predicción moral, este desasimiento analítico, hará creer de entrada en una ausencia de ética; reencuentra una significación profunda cuando se lo reubica en el campo de la oposición entre principio de placer y principio de realidad; el Superyo ataca al hombre como ser de placer, pero .presume demasiado del hombre, y no oculta sus excesos sino bajo la satisfacción narcisista que ofrece al Yo creerse mejor que otro; la mirada del análisis es, por el contrario, la mirada educada en la realidad y vuelta hacia el mundo interior. La epojé del juicio de valor se convierte así en la etapa fundamental del **conocimiento** de sí; gracias al principio de realidad se convierte en la regla del devenir-consciente.

¿Toda ética es abandonada? El analista, más que cualquiera, sabe que el hombre está siempre en situación ética; lo presupone a cada paso; lo que dice del Edipo, atestigua con fuerza el destino moral del hombre; pero en presencia de los entuertos de la conciencia moral y de su extraña complicidad con la pulsión de muerte, el principio de realidad propone la sustitución de la condena por la mirada neutra. Así se abre un claro de veracidad, en el que se encuentra al descubierto la mentira de los ideales y de los ídolos, y desenmascarado su papel oculto en la estrategia del deseo. Esta veracidad, sin duda, no es toda la ética. Por lo menos es

⁴⁰ “El Yo y el Ello”. G. W. XIII, p. 278; S. E. XIX, p. 48-9; tr. fr., p. 206.

⁴¹ G. W. XIV, p. 503 ; S. E. XXII, p. 143; tr. fr., p.77.

su umbral. Seguramente el psicoanálisis proporciona sólo el conocimiento, no la veneración.⁴² ¿Pero por qué pedírsela? No la ofrece.

Traducción de **J. Carlos Plá.**

⁴² Jean Nabert: “Elements pour une éthique”. cap. XI, “Las fuentes de la veneración”.

Reseña de libros y revistas

APFELBAUM, Bernard.— Sobre la Psicología del Yo: crítica al punto de vista estructural de la teoría psicoanalítica (On Ego Psychology: a critique of the structural approach to Psycho-analytic theory). “Int. J. Psycho-Anal.”, vol. 47, N° 4, 451-475, 1966.

El autor, en este estudio crítico del punto de vista estructural de la psicología del Yo contemporánea, comienza analizando las razones que han sido invocadas para justificar una división estructural de la vida psíquica. Si el impulso instintivo es una fuerza motora violenta, espasmódica y ciega, entonces deben existir estructuras contra las cuales esta fuerza opera. Según Gill, no se concibe que pueda existir tal fuerza sin una estructura que la confine. Rapaport, a su vez, sugiere que Horney y otros, en el deseo de alejarse de esa batalla del mundo interno, concebido como una lucha entre impulsos chocando entre sí, sin mitigarse y en perpetua revolución, enfocaron exclusivamente las fuerzas adaptativas y sociales del Yo, dejando de lado la psicología de los impulsos del psicoanálisis. Esa tesis y antítesis, dice Rapaport, encuentra su síntesis en la psicología psicoanalítica del Yo, que reconoce las fuerzas del Ello así como la nueva organización del Yo que lucha contra las mismas. Esta síntesis se basa en los conceptos de Hartmann de la autonomía del Yo y en sus elaboraciones del punto de vista estructural (en el cual la idea de impulso instintivo como fuerza pura permanece inmodificada). El modelo estructural de Hartmann está formado por estructuras psíquicas que mantienen su integridad a pesar de las crisis, conflictos e impulsos. A medida que estas formaciones crecen, se hacen cada vez más independientes del impulso, constituyendo baluartes contra los mismos y son garantía de la adaptación y del funcionamiento social.

Gill dice, en 1959, que la introducción del punto de vista estructural hace posible una visión del funcionamiento de la personalidad que incluye esquemas de conducta y pensamiento firmes, estables y organizados. En contraste con el Ello, que se refiere a los aspectos perentorios de la conducta, el Yo comprende los aspectos de la conducta diferidos, llevados a cabo con demora o que son ellos mismos producto de la demora. El punto de vista estructural en este marco no se refiere ya primariamente a las explicaciones psicoanalíticas basadas en las relaciones del Ello, Yo y Superyo. Se refiere a lo que Rapaport llama el

control de la estructura sobre el impulso (1953). La domesticación de los instintos lleva a motivaciones adultas, gracias a la repetición del proceso de defensa a cargo de la estructura. Y es principalmente la falla en un punto u otro de este proceso de domesticación que origina disturbios del carácter, síntomas neuróticos o psicóticos. Los estados patológicos pueden ser debidos también al deterioro de la estructura como en las psicosis funcionales u orgánicas y en situaciones traumáticas. Las estructuras pueden ser arrasadas por tensiones instintivas en aumento. Así la madurez descansa sobre la capacidad de las formaciones estructurales, en diferir los cúmulos de impulsos dirigidos a la descarga inmediata que son conceptualizados como el Ello.

Se asume aquí que los instintos no se desarrollan, solamente lo hacen las estructuras.

Neutralización versus maduración.— Kris, en 1956, sostiene que el proceso clave es la neutralización y no la maduración de las energías de defensa y resistencia. Los impulsos permanecen infantiles, sólo el Yo se desarrolla. Este es el centro de la teoría del Yo contemporánea.

La potencia original del impulso puede ser debilitada, desviada y pulida, pero en los últimos niveles de la maduración simplemente alcanza la neutralización en forma de energía disponible. Es la última realización en el control de la estructura sobre el instinto, es decir, la autonomía del Yo. Hartmann supone que para alcanzar un conocimiento manejable de la realidad objetiva, ese Yo debe ser lo suficientemente fuerte como para no tropezar en sus funciones esenciales con el Ello, y suficientemente fuerte como para no sucumbir en sus luchas contra los impulsos instintivos. Erikson, en 1946, cuestiona este punto de vista, que el Yo debe ser fortalecido y ser independiente del Ello, es decir, que deba volverse autónomo. El critica lo que llama esta tarea o tentativa en la conceptualización contemporánea, usando comentarios de Anna Freud para ilustrarlo. Argumenta que la mecanización o independencia de la emoción, caracteriza más al Yo empobrecido que al Yo sano, y que esta perspectiva mecanicista está más en línea con el uso popular de la palabra Yo. Hartmann, en 1939, está bien advertido del riesgo que trae enfatizar la autonomía del Yo y llevar a un Yo independiente como modelo de funcionamiento normal. Rapaport, en 1958, recuerda que el Yo más autónomo es el del obsesivo y forma parte de un esquema de falta de convicción, rigidez de creencias, credulidad y duda paralizante. Con el fin de evitar el peligro de sobrevalorar la inhibición y control, los psicólogos sugieren que el Yo eficiente es capaz de dejar de lado la autonomía e invertir el proceso de neutralización. El concepto clave usado como contrapunto de la autonomía es la regresión al servicio del Yo,

ejemplificado por el funcionamiento sexual gratificante, la capacidad de dormir y la actividad creadora (Kris, 1950). Así, una consecuencia del asumir que el Yo madura mientras los impulsos no lo hacen, es que la sexualidad genital es considerada como regresiva. Si la madurez sexual es igualada con la atenuación del impulso, los actos de la unidad psíquica completa son considerados regresivos (con el grado de madurez medido por la reversibilidad de la regresión).

La concepción de Kris sobre el insight, se asemeja al punto de vista del sentido común, que iguala objetividad y ausencia de emoción. Descansando sobre la autonomía del Yo como recurso explicativo básico, los psicólogos del Yo corren el riesgo de concebir un modelo del Yo empobrecido. Una indicación de como los psicólogos del Yo descansan en la concepción de la autonomía es dada por Gill y Brenman: el avance central en la teoría psicoanalítica en las dos décadas pasadas ha sido el concepto de la autonomía relativa.

El Yo contra el impulso.— Rapaport dice que el Yo es llevado a luchar contra el impulso, con la posibilidad de una adaptación exitosa. El habla, en 1968, de aparatos del Yo como garantías que operan contra la esclavización por los impulsos, haciendo notar que, si bien la conducta del hombre está determinada por los impulsos, no está totalmente a su merced. Como un ejemplo señala que el organismo está dotado por la evolución de aparatos que lo preparan para el contacto con su medio.

La evolución no es considerada como teniendo un efecto similar sobre los impulsos: ellos no son adaptativos ni obedecen al medio. La condición de máximo impulso significa, por lo tanto, avasallamiento y pérdida de la capacidad de sobrevivir.

Anna Freud también habla del antagonismo primario entre el instinto y el Yo. Esta hostilidad innata es indiscriminada, primaria y primitiva. Loewald sugiere que este concepto del impulso no tiene en cuenta los puntos de vista posteriores de Freud, que abandonó la oposición entre los impulsos instintivos y el Yo. Fenichel, en 1938, sostiene también que el Yo no es por naturaleza hostil a los instintos. Su organización sirve, por lo contrario, para elevar la posibilidad de satisfacción instintiva. Solamente bajo ciertas condiciones los conflictos se desarrollan. El Yo, dice Loewald, es una organización que continúa las tendencias inherentes a la organización instintiva mucho más de lo que pueda estar en oposición con ella. En la teoría psicoanalítica temprana el impulso fue claramente separado del fin, siendo una cantidad de energía a la que podían unirse una variedad de objetos. El Yo de esta teoría es una personificación de propósitos o fines y, por lo tanto, distinto de las energías instintivas generadas por fuentes somáticas. En la teoría posterior la distinción entre aparato e

impulso no fue tan cortante. El resultado es que la teoría del instinto no tuvo en cuenta los posteriores conceptos de Freud sobre el impulso y así quedó bajo la égida de un anticuado modelo conceptual estímulo-arco reflejo. Loewald atribuye este desarrollo unilateral a la elaboración del punto de vista estructural de la teoría psicoanalítica que ha provocado el riesgo de aislar las diferentes estructuras del aparato psíquico entre ellas. Glover declara que, en la monografía de Hartmann sobre la Ego Psychology, falta una referencia sistemática a los factores dinámicos que operan en cada fase de la adaptación, en otras palabras, a las “vicisitudes de los instintos”, y que sería preferible bosquejar los procesos de adaptación a las fuerzas instintivas en una forma más dinámica. El esquema de Hartmann es inevitablemente estático, quizás por su preferencia por una psicología estructural y mecanicista. No siempre resulta claro de qué tiene que hacerse autónomo el Yo. Es sólo cuando los instintos son considerados como fuerzas mal adaptadas, que la autonomía del Yo se presenta como urgente. Pero, qué representa la autonomía cuando el Yo es considerado continuando, más que oponiéndose a los fines instintivos? Si el estado normal es aquel en el cual el Yo se edifica sobre el Ello y es indistinguible de él, como Freud lo formula en “Inhibición, síntoma y angustia”, entonces el desarrollo de la autonomía no puede ser considerado adaptativo. En consecuencia, en lugar de abandonar la teoría “anticuada” del impulso como energía pura y del Yo luchando contra él, la psicología del Yo descansa sobre ese concepto. En la teoría posterior del impulso de Freud, el fin del instinto no es simplemente la descarga y el impulso instintivo no es ya más sinónimo de tensión orgánica. Es ahora una “función” que nos mueve en una cierta dirección, esta dirección o fin definiendo el impulso. Los impulsos se dirigen a otra cosa que a la descarga indiscriminada. El Ello, dice Loewald, es un elemento de adaptación, tanto como lo es el Yo. Sin embargo, en la psicología del Yo contemporánea, el Ello se refiere estrictamente a los esfuerzos dirigidos a la descarga inmediata, mientras todos los otros son adscritos al Yo. Se limita el funcionamiento del Ello a los procesos ciegos de descarga orgánica, adscribiendo al Yo todas las otras fases de la actividad psíquica.

La psicología del Yo tiene preferencia por las analogías orgánicas. El problema, para Hartmann, es asignar la responsabilidad al Yo, sin permitir la reintroducción de los instintos del Yo. La solución de Hartmann, descansa en el recurso de la analogía orgánica, considerando el Yo como un órgano con una función, más que como una representación de un impulso con un fin. El impulso existe solamente como una fuerza que debe ser contenida por estructuras, y se llega así al cuadro de un sistema orgánico: un aparato activado por energía. Puede uno preguntarse cómo estos aparatos pueden adquirir su energía independientemente. Rapaport reconoce que el abastecimiento energético de estos aparatos

no ha sido satisfactoriamente resuelto. Las soluciones han sido: 1) atribuir impulsos o impulsos parciales a los aparatos; 2) considerar los aparatos como fuentes de energía neutra del Yo; o 3) asumir que la energía que usan, es energía instintiva neutralizada a disposición del Yo.

La primera solución aparece como un retorno a la idea de los instintos del Yo. En cuanto a la segunda, es difícil evaluar las implicaciones de una energía neutra en la concepción de energía psíquica y del punto de vista económico. Ya no es ir motivacional y así indica un punto de partida no especificado del uso de energía psíquica para representar fuerzas motivacionales. La tercera solución ha sido criticada por White y se refiere a que los aparatos autónomos sean activados por energía neutralizada. Las necesidades de “hacer y aprender a hacer” no aparecen como derivativas y están presentes desde el *comienzo* de la vida. Así, los aparatos del Yo, por lo menos en su función como causas independientes no motivacionales de la conducta, tienen que alcanzar un status conceptual más allá del recurso terminológico. El modelo físico, derivado de la temprana matapsicología de Freud, se hace posible cuando un impulso es considerado como una fuerza pura y la defensa como una estructura en un sentido material. Además, ese modelo es solamente utilizable cuando es posible clínicamente hacer una clara distinción entre impulso y defensa.

Los impulsos quedan infantiles.— El autor ha tratado de mostrar que el punto de vista estructural descansa en que los impulsos no se desarrollan y mientras mantienen su potencia quedan mal adaptados.

En 1926, con el abandono de la teoría tóxica del impulso, Freud dejó de lado que la acumulación de impulsos era patógena en sí y asumió que el impulso se hace patológico solamente cuando es repudiado por el Yo y el Superyo, como consecuencia de la producción de ansiedad. Si el altruismo no es necesariamente un producto de la defensa y el control, esto sugiere, según el autor, que los impulsos se desarrollan, ya que los impulsos infantiles no son altruistas.

El principio de la maduración del impulso está bien establecido en el cuerpo principal de la teoría psicoanalítica y es intrínseco a la idea del desarrollo psicosexual.

El Yo y el instinto en la obra de Erikson.— Erikson no encuentra una inevitable oposición entre el Yo y el instinto y, en consecuencia, no recurre a la idea de autonomía del Yo.

Explicita su oposición al punto de vista de que los instintos deban ser domesticados. En la obra de Erikson, nada corresponde a una disposición “estructural” a actuar opuesta a la acción provocada por la energía del impulso.

La perspectiva estructural.— Tratando de preservar la temprana teoría psicoanalítica de los impulsos anti-Yo, los psicólogos del Yo colocaron toda la responsabilidad de la adaptación en el Yo. Si los impulsos comprometen la adaptación y la estabilidad, el Yo deviene el responsable de la conducta diaria. Si los psicólogos del Yo sostienen la conclusión final de Freud, de que no hay instintos del Yo, entonces la necesidad de aceptar conceptos estructurales es también evidente.

Sin embargo, cuando Freud descartaba los instintos del Yo, se alejaba de su acerto de un inevitable antagonismo entre el Yo y el Ello. Por el contrario, afirmaba la estrecha interdependencia entre ambos. Para los psicólogos del Yo, si el Yo está edificado sobre el Ello, esto significa esclavitud frente a los instintos, y sosteniendo la concepción de Freud de que no hay instintos del Yo, se encuentran ante el problema de cómo dar cuenta de la fuerza del Yo. Esto equivale a decir, que si el Yo está dirigido a la lucha contra los impulsos y es llevado a desplegar su fuerza, no en tanto esté unido al Ello, sino cuando es autónomo del mismo, pero si al mismo tiempo el Ello es la fuente de todos los impulsos, entonces un recurso conceptual, tal como la idea de estructura, es necesario para dar razón de las funciones del Yo. Aun si estas condiciones fuesen aceptadas, la solución depende de cómo los psicólogos del Yo pueden efectivamente demostrar que la estructura no es simplemente una solución terminológica que reintroduce los viejos instintos del Yo bajo una nueva forma.

La ausencia del Superyo en la psicología del Yo,— Hasta ahora la discusión se ha referido a las relaciones entre el Yo y el Ello. Esto es dejar de lado la función del Superyo y de los objetos internos en el control, modificación y función del impulso. Considerar el control del Yo efectivo sin referirse al Superyo asimilado, más benevolente, es menospreciar las fuerzas dinámicas que hacen ese control efectivo o posible. El Superyo y sus precursores, faltan en los escritos de Hartmann, Rapaport y Gill. Zetzel, en 1956, lo hizo notar, y Rapaport, en un trabajo no publicado en 1958, acepta que el Superyo ha sido menospreciado en las concepciones teóricas generales. Prefiere considerar, contrariamente a Freud, que la represión (así como el observar, condenar, juzgar, etc.) son capacidades del Yo, que pueden ser movidas o impulsadas por el Superyo. Hace notar el autor que el punto de vista estructural cristalizó en Freud cuando llegó a la concepción del Superyo, si bien el Ello y el Yo

estuvieron presentes en el pensamiento de Freud desde el comienzo.

El punto de vista estructural se refiere a la construcción de un modelo psicoanalítico que descansa enteramente en explicaciones energéticas y estructurales. Un concepto dinámico como el Superyo no congenia con este modelo porque no puede ser manejado en esos términos.

La perspectiva dinámica.— Cuando el Superyo cobra preeminencia, como en los trabajos de M. Klein y de Erikson, los factores económicos y estructurales quedan subordinados a los dinámicos. En el sistema kleiniano, impulso y defensa son considerados fundamentalmente como expresiones inmediatas de fantasías inconscientes y de relaciones con objetos internos.

Zetzel, en 1956, trató de señalar el contraste entre la teoría kleiniana y la psicología contemporánea del Yo, mostrando en este proceso algunas de las consecuencias que tiene para la psicología del Yo el minimizar el Superyo: aquellos que enfatizan el papel del Superyo, ven en todo momento la naturaleza del Yo determinada por sus relaciones con los objetos internos y externos; no puede ser estudiado aisladamente. Las distinciones estructurales son relativamente fluidas y las conexiones con las fuentes inconscientes son consideradas como un signo de madurez del Yo. En contraste, la neutralización de la energía instintiva de la psicología del Yo, supone el divorcio de la fantasía inconsciente: la madurez es considerada como un alejarse de la fantasía inconsciente y del Superyo, más que participar con mayor libertad en fantasías más benignas y en relaciones más estrechas con un Superyo más benevolente y más plenamente asimilado. El Yo es considerado como una estructura primariamente controladora y neutralizadora, construido por un acrecentamiento gradual, y su vigor estructural es decisivo para determinar su capacidad para soportar la reexposición a las fuentes inconscientes durante el tratamiento. Así, cuando se enfatiza la estructura, mayor es la referencia al vigor estructural, esto es, a la debilidad del Yo y al defecto del Yo. El análisis de defensas precarias es peligroso, porque debilitando la estructura permite la irrupción del impulso. Los que trabajan en la perspectiva kleiniana, no tienen ese temor sentido como navegar en corrientes traicioneras”. Cuanto menor sea el énfasis en la estructura, más fluida y accesible a la influencia se considera la organización psíquica. El punto crucial aquí, es que a pesar de su visión dinámica de la psiquis, el interés con respecto a los impulsos en lucha no afecta a los teóricos kleinianos, que centran su interés en la función modificadora del impulso del Superyo o más precisamente de los introyectos no asimilados, que son sus precursores. Lo

mismo puede decirse de Erikson. Su trabajo es otra “psicología del Superyo”. Su posición con respecto a los impulsos, es que la tradición y conciencia deben organizarlos. Como para Klein, el interés de Erikson en la fantasía inconsciente y en las relaciones con los objetos internos, tiene el efecto de obviar la seguridad o confianza en distinciones puramente estructurales. Los puntos de vista estructurales y dinámicos, aunque no incompatibles considerados en forma abstracta, tienden a correlacionarse negativamente en la construcción teórica actual.

El Yo real y el Yo defensivo.— En esta discusión, la psicología del Yo ha sido considerada retrógrada, tanto por el énfasis que pone en el control por el Yo (más que por el Superyo) y por su concepción básica del impulso. Por otro lado, los psicólogos del Yo consideran su trabajo como una extensión progresiva del pensamiento de Freud. Freud creó dos teorías relativamente completas, que ha señalado Jones, e incompatibles entre ellas: la primera, esencial a la Ego Psychology, establece que fue por conveniencia que Freud pasó del impulso en la fase primaria a la defensa en la fase posterior. El interés de Freud se concentró en sus investigaciones del inconsciente, y los impulsos y las fuerzas represoras fueron dejadas para el futuro (Strachey). Luego Freud se fue internando cada vez más en el estudio del Yo en los últimos períodos. La evolución de la teoría psicoanalítica es vista así, siguiendo una progresión lineal, llevando al énfasis postfreudiano, al Yo de Hartmann y sus colegas.

Deben hacerse dos distinciones en el concepto del Yo: el Yo de realidad y el Yo defensivo. El primero, es un mediador entre las exigencias de la realidad y las de los impulsos. El segundo, es un principio más activo que tiene fines propios, ante quienes la realidad y los impulsos deben ceder. Los psicólogos del Yo, consideran al Yo de realidad como el concepto básico de Freud. El punto de vista opuesto es que, mientras el Yo de realidad fue parte del modelo temprano de Freud, luego fue sustituido por el Yo de defensa. En “Inhibición, síntoma y angustia”, Freud reafirmó la fuerza del Yo, pero como parte del Ello y no como agente independiente del mismo. Originariamente, Freud le asignó al Yo una energía instintiva independiente, bajo forma de instintos de conservación. En 1914, en “Introducción al narcisismo”, Freud comenzó a considerar al Yo como objeto libidinal. Puede decirse quizás, paradójicamente, que con la introducción de la teoría estructural disminuyó el énfasis en el Yo como estructura separada, lo que equivale a decir que defensa versus instinto no fue ya un concepto tan tajante como lo había sido hasta entonces.

La estructura en Freud.— Sin embargo, las bases para distinguir defensa de instinto,

nunca habían sido netas. Las tentativas de Freud para establecer una topografía mental, muestran qué difícil es encontrar un criterio para dividir estructuras. Si se utiliza el criterio de consciente-inconsciente, entonces las fuerzas represoras y lo reprimido están en el inconsciente. Si, por otro lado, las estructuras se dividen en lo reprimido y lo represor, como en el modelo posterior de Freud del Yo y el Ello, el hecho que ambos sean inconscientes no se explica bien. Freud resolvió abandonar el criterio consciente-inconsciente y utilizar los términos sólo como adjetivos, que designan cualidades que pueden ser poseídas por contenidos de cualquier sistema en cualquier momento. Gill sostiene que el criterio consciente-inconsciente debió ser abandonado cuando Freud descubrió que la defensa y el impulso son inconscientes, si no siempre, por lo menos a veces.

La historia, del punto de vista estructural en Freud, está llena de revocaciones y cambios. Estos cambios de posición se adscriben a descuidos o negligencias (Gill, Strachey). Freud, en realidad, estaba demostrando que no se podían hacer divisiones estructurales nítidas, sin indebidas arbitrariedades. No se trataría de una dificultad de Freud, sino de una dificultad inherente al punto de vista estructural mismo, y la búsqueda de un criterio para distinguir una estructura de otra, puede ser cuestionada. Es afortunado que Freud no haya sacrificado su sentido clínico intuitivo, por consideración a una elegancia Procustea.

Existen bases para una división estructural? Gill trata de aclarar las formulaciones estructurales de Freud, abandonando ambos criterios de división estructural y agregando: el Yo y el Ello son un continuum y no una dicotomía, y la antítesis impulso defensa existe en todos los niveles de la organización psíquica. Esto equivale a decir, que impulso y defensa no pueden referirse a estructuras separadas, como tampoco lo consciente o inconsciente. Sin embargo, trata de salvar el punto de vista estructural rehabilitando el criterio proceso primario-secundario de acuerdo al cual las representaciones del Ello están organizadas sobre la base del proceso primario y las del Yo sobre la base del proceso secundario. Los trabajos de Gill, Arlow y Brenner, muestran que las divisiones estructurales son difíciles de mantener. Apfelbaum apunta a un criterio que no es puramente estructural y económico.

El Yo y Ello son distinciones esencialmente dinámicas. Cómo pueden ser distinguidas, dice Gill, las representaciones de la defensa de las representaciones del impulso? Pueden serlo por sus funciones en un momento dado.

La relación entre impulso y defensa.— Una dificultad mayor, dice Gill, se establece en la definición corriente del Yo y el Ello cuando se advierte que el Ello está conceptualizado

principalmente como un sistema motivacional, mientras que el Yo incluye estructuras defensivas y de descarga, así como motivaciones. Cualquier impulso o necesidad puede servir los fines del Ello, Yo o Superyo. Ciertamente, la discusión de Gill muestra porqué abandonó progresivamente divisiones estructurales netas y exclusivas. Fue un problema para Freud, con sus conceptos estructurales, aceptar que el Yo es parcial o principalmente inconsciente. También Gill sostiene que puede ser un problema para el punto de vista estructural contemporáneo, considerar el proceso primario funcionando en el Yo y la estructura en el Ello. Distinguiendo el Yo del Ello sobre las bases del propósito, puede evitar este escollo. La defensa y el impulso serían diferentes propósitos o metas que emplean las mismas unidades psíquicas en diferentes tiempos o al mismo tiempo en relación con otras unidades).

La organización de estos esquemas y su permanencia, constituye la diferenciación Yo-Ello-Superyo. Los fines del Yo-Ello pueden ser tomados como la búsqueda de ciertas gratificaciones básicas. La defensa, cuando el Superyo lo exige, toma la forma de un clivaje estructural entre el Yo y el Ello en respuesta a la ansiedad, cambiando los propósitos de ambos. Los fines del Yo se mueven en el sentido de abolir la ansiedad, es decir, evitar los sentimientos de inseguridad (pérdida de control) o inferioridad (debilidad y vulnerabilidad) y de humillación y culpa. Así, los fines del Yo cambian si son clivados de los fines del Ello pero también los fines del Ello cambian. Buscan las gratificaciones parciales (regresivas), de descarga, excepto hasta dónde tales gratificaciones son logradas indirectamente a través del encuentro con los fines del Yo. El clivaje estructural entre el Yo y el Ello, es él mismo una tentativa para ganar otras gratificaciones básicas, encontrar los fines del Superyo, cuando estos fines pueden hallarse únicamente a expensas del clivaje Yo-Ello, con la creación de nuevos déficit y desarrollo de nuevos fines para rectificarlos.

Del trabajo de Gill, Arlow y Brenner, surge que estos fines no tienen relación fija con las unidades psíquicas, todos los fenómenos de conciencia, inconsciencia, los procesos simbólicos, y el sistema afectivo-motor puede ser empleado en momentos diferentes, o aun al mismo tiempo, con diferentes fines.

La función sintética.— Esto significa también que ciertas capacidades, pertenecientes solamente al Yo, deben ser reexaminadas. La función sintética es una de ellas, es un aspecto de la organización psíquica concebida como una fuente de energía del Yo independiente del impulso. Es la función organizadora que integra las diferentes partes de la realidad entre sí y con la realidad externa.

El autor estima que Freud no consideró los reflejos y los aparatos neurales

sensoriomotores partes del Ello, ni aun los impulsos instintivos mismos como un substracto orgánico.

Cita a Loewald y a Erikson, no aceptando los puntos de vista mecanicistas y la tendencia al uso de metáforas orgánicas. Loewald, hablando de la teoría freudiana más tardía, sostiene que la síntesis no puede ser considerada solamente una función yoica. Es más exacto decir que es una función de la psiquis entera, que participa en todos sus aspectos. Rank y MacNaughton señalan que, sin el núcleo construido por la introyección de una imagen materna estable concebida como un todo, la función sintética no puede ser adquirida plenamente.

Consecuencias teóricas, del punto de vista estructural.— Algunas de las consecuencias teóricas y clínicas, del punto de vista estructural, se superponen a las discutidas al tratar el aspecto económico (Apfelbaum, 1965).

La consecuencia teórica principal, del punto de vista estructural contemporáneo, es la creación de un Yo-órgano. Este concepto de un Yo autónomo estructuralmente distinto, se ajusta al Yo de la teoría freudiana de las primeras etapas, al Yo de autopreservación, y corre el riesgo de tomar como algo inevitable el aislamiento de partes de la personalidad.

Colby hace notar que el término “ego”, hoy en *día*, es a menudo sinónimo de aparato psíquico total (Yo-Ello-Superyo).

Otra de las consecuencias teóricas principales de este acercamiento orgánico al Yo, es que se corre el riesgo de aceptar prototipos patológicos como su estado básico referencial. En el pensamiento posterior de Freud, el Yo y el Ello son considerados como una unidad y el clivaje entre ambos es visto más como una consecuencia de la defensa en respuesta a la ansiedad.

Pero en el caso de un Yo-órgano, la separación es aceptada como un desarrollo evolutivo (Hartmann y Rapaport atenúan estas objeciones con su advertencia que el Yo no puede volverse excesivamente autónomo y perder así su capacidad de regresar). Schafer señala lo mismo con respecto a las relaciones entre el Yo y el Superyo, y parafraseando a Freud dice: el Superyo normal está muy cercano al Yo y a menudo es indistinguible de él.

Consecuencias clínicas del punto de vista estructural.— Loewald hace notar que *estos* conceptos de la teoría psicoanalítica contemporánea han afectado las formulaciones que se refieren al papel de los objetos en el desarrollo libidinoso.

También significa disminuir la importancia de las relaciones objetales internas entre el Yo y el Superyo, y las relaciones entre paciente y analista. Esto se acompaña de una disminución del énfasis en el análisis de la transferencia. El concepto señalado con respecto a la defensa, se asocia al fin terapéutico de fortalecer la defensa y evitar la interpretación en casos de pacientes muy perturbados (Zetzel). Esto lleva a preservar la defensa, fortalecer el Yo de realidad y evitar la fantasía inconsciente. Los fines terapéuticos se dirigen fundamentalmente a disminuir la ansiedad y aliviar los síntomas.

S. Acevedo de Mendilaharsu

